

Dossier

**El marxismo
de Germán
Avé-Lallemant
y la experiencia
del periódico
El Obrero (1890-1892)**



Sergio Sergi

El pensamiento del sabio alemán radicado en la Argentina Germán Avé-Lallemant y la experiencia de *El Obrero* (1890-1892), primer periódico marxista de la Argentina, son revisitados aquí desde diferentes perspectivas. El historiador Horacio Tarcus (UBA-CeDInCI) aborda a Lallemant como receptor y difusor privilegiado del pensamiento de Marx en la Argentina del '90, señalando al mismo tiempo las aporías de un marxismo de corte objetivista y evolucionista a la hora de traducirlo en acción política socialista. Por su parte, el sociólogo Ricardo Martínez Mazzola (IIGG-FCS-UBA, CONICET) discute con las interpretaciones que han hecho de *El Obrero* un producto inalterado, fruto de un marxismo prístino, para aventurarse en el análisis de sus posiciones políticas específicas, sus transformaciones y sus conflictos internos. Finalmente, el Ingeniero Israel Lotersztain —que viene de concluir una tesis sobre la corrupción bajo el gobierno de Juárez Celman en el marco de la Maestría en Historia de la Universidad Di Tella— parte de una denuncia de *El Obrero* para analizar el caso de la privatización de Obras Sanitarias.



¿Un marxismo sin sujeto?

**El naturalista
Germán Avé-Lallemant
y su recepción de Karl Marx
en la década de 1890**

Horacio Tarcus

La recepción del marxismo por parte de Germán Avé-Lallemant marca un corte significativo con el socialismo de corte lassalleano que campeó en el incipiente movimiento obrero argentino impulsado por los exiliados alemanes del *Verein Vorwärts* en la década de 1880. Hasta fines de 1890 no sólo en el semanario *Vorwärts* que editaba dicho club alemán, sino en los dos Manifiestos que había lanzado el Comité Obrero Internacional, respectivamente en marzo y abril de 1890, convocando a los trabajadores de la Argentina a celebrar por primera vez la jornada internacional del proletariado del 1° de Mayo, se sobreimprimía la nueva orientación de la socialdemocracia internacional (recién fundada en 1889) sobre el fondo del socialismo lassalleano que habían traído consigo los emigrados alemanes a Buenos Aires. El principal responsable del semanario en aquellos años así como de los manifiestos de 1890 había sido uno de los animadores del *Vorwärts*, a quien el obrero emigrado alemán Augusto Kühn, una vez enrolado en el marxismo, reconocía méritos de pionero sin dejar de señalar los límites de su socialismo “pre-marxista”: “el único intelectual que al principio contamos entre nosotros, el literato suizo José Winiger, no era la persona que hubiera podido sembrar ideas más claras sobre el socialismo. Sin querer desconocerle los méritos adquiridos con la buena voluntad de que dio pruebas abundantes, hay que decir, en honor a la verdad, que del socialismo tenía ideas bastante confusas. Testimonio de ello es el primer manifiesto del Comité Internacional, que es obra exclusiva de Winiger” (Kühn, 1916, 6: 102).

El introductor del “socialismo científico” en la Argentina, en cambio, no es un periodista o “literato” —como escribe Kühn con apenas disimulado desdén— sino un científico: más precisamente, un naturalista alemán que se ha radicado en la remota San Luis. Si bien se encuadra (como Winiger) en la doctrina de la socialdemocracia europea, Lallemant introducirá entre obreros e intelectuales de la Argentina un socialismo marxista, científico, moderno, “a la altura de los tiempos”, con fuertes puntos de contacto con el que, desde Alemania, desplegaba un Karl Kautsky.

Paradoja de paradojas, desde una lejana provincia de un país de la periferia capitalista, un naturalista alemán ha devenido afanoso lector de *El Capital* de Karl Marx y un intenso difusor de esta

teoría elaborada por otro emigrado alemán, pero desde Inglaterra, cuna del capitalismo moderno. Lallemant busca en la obra de Marx claves para descifrar el atraso argentino y sus perspectivas de desarrollo futuro, volcando los resultados de sus estudios y reflexiones en diversos semanarios porteños como el *Vorwärts*, *El Obrero* (1890-1892) y *La Agricultura* (1894-1899). Y si bien su rol de difusor de Marx y el marxismo fue clave en la década de 1890, su colocación dentro del emergente campo socialista será conflictiva e incluso efímera. Sus temporadas en Buenos Aires, epicentro de la política nacional y cuna del proletariado moderno, serán siempre breves: Lallemant retornará una y otra vez a San Luis, cerca de la naturaleza, lejos de la política, donde lo sorprenderá la muerte, en plena labor, en 1910.

En las páginas que siguen exploraremos algunos temas de su trayectoria intelectual, intentando evaluar los alcances y límites de su marxismo no sólo a través un análisis intrínseco de sus textos sino considerando este lugar en tantos sentidos excéntrico de Germán Avé-Lallemant.

Un sabio socialista en el desierto puntano

No es casual que el introductor del “socialismo científico” entre los obreros e intelectuales de la Argentina de 1890 sea un naturalista. Hermann Avé-Lallemant (Lübeck, 1835 ó 1836- San Luis, 1910) no llegó a la Argentina con la generación de los emigrados del *Verein Vorwärts* a causa de las “leyes antisocialistas” de Bismarck, sino quince años antes (hacia 1868), con la generación de los científicos germanos, que arribaban en la segunda mitad del siglo XIX contratados por el gobierno o la universidad. El más destacado de todos ellos, Hermann Burmeister (1807-1892), discípulo de Alexander Von Humboldt y amigo del padre de Lallemant, habría convocado a la Argentina y apadrinado al joven ingeniero en minas (García Costa, 1985; Ferrari, 1993).

Instalado en San Luis desde 1870, desplegó desde allí una labor polifacética como sabio naturalista, explorador, ingeniero, agrimensor, cartógrafo, arqueólogo, educador y periodista. Formado en un medio protestante, se combinaban en su persona una moral puritana, emprendedora, ascética, voluntarista, con la pasión del naturalis-

ta por la ciencia (no la ciencia especulativa, sino “aplicada”). Extraña mezcla de sabio y de *pioneer*, poseía el temple necesario para llevar adelante, empecinadamente, en medio del aislamiento del desierto puntano, sus emprendimientos de precursor, bregando contra la desidia de la burocracia provincial, la resistencia oscurantista del clero y la estrechez de miras del proyecto de país de la élite oligárquica.

En 1882, redactó una *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* para un concurso oficial que desestimó la obra. A pesar de los desinteresados servicios —científicos, técnicos, económicos, culturales— que Lallemand prestaba a un país en formación, su “absoluta independencia de toda influencia oficial” —según propias palabras— le había jugado una mala pasada. Es que a pesar del carácter técnico del estudio —para el cual Lallemand ha debido recabar una ingente masa de información hasta entonces dispersa a lo largo de toda la provincia y producir otra cantidad, elaborando incluso sus propias estadísticas—, vuelca por aquí y por allá opiniones y consejos para modernizar diversos aspectos de la vida económica y social de San Luis que seguramente no fueron del agrado de los evaluadores de la élite. Lallemand publica por su cuenta la *Memoria* algunos años después, en 1888, antecediéndola de una “Advertencia” en la que se hace visible un cambio de registro: apelando a un léxico ostensiblemente marxista, nos explica que en los seis años transcurridos desde que el texto fue redactado, la Argentina había avanzado en el “camino del desarrollo de la organización capitalista de la producción”.

La “Advertencia” constituye, seguramente, el primer esbozo de una interpretación marxista de la formación social argentina. Lallemand está glorificando, desde la ciudad de San Luis, en el año 1888, el célebre capítulo XXIV de *El Capital*, “La llamada acumulación originaria”, donde Marx explicaba cómo a través de la violencia extraeconómica se “abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades” (Marx, 1867/1946: 624). La apropiación de los bienes públicos y de las tierras comunales, así como la expropiación de los bienes eclesiásticos —había mostrado Marx— eran “la

base de esos dominios principescos que hoy posee la oligarquía inglesa”, esto es, los *landlords*. “Los capitalistas burgueses favorecieron esta operación, entre otras cosas, para convertir el suelo en un artículo puramente comercial, extender la zona de las grandes explotaciones agrícolas, hacer que aumentase la afluencia a la ciudad de proletarios libres y necesitados del campo, etc. Además, la nueva aristocracia de la tierra era la aliada natural de la nueva *bancocracia*, de la alta finanza, que acababa de dejar el cascarón, y de los grandes manufactureros, atrincherados por aquel entonces detrás del proteccionismo estatal” (*Ibid.*: 616).

Lallemand, sobre la base de su lectura de Marx, entiende que por entonces (1888) se ha consumado en la Argentina el momento de la “acumulación originaria”: “al fisco, a la comunidad, ya no queda nada”, las tierras han sido apropiadas por los *landlords* argentinos (la oligarquía), pero no como propiedad feudal sino como “capital constante”. Según el ingeniero alemán que leía a Marx desde la remota San Luis, la Argentina de la década de 1880 había ingresado a un segundo momento: el de “la producción agrícola capitalista por medio de la *Bancocracia*, la deuda pública sin límites, el sistema proteccionista” que despojaba de sus medios de vida y de producción a los más y generaba una extraordinaria acumulación de medios de producción en manos de unos pocos. Este sistema de producción traía como “su consecuencia infalible” la división de la sociedad entre, de un lado, el “*lauboring pauper*”, esto es, el proletariado, y del otro, “la acumulación gigantesca de los medios de trabajo... en manos del capitalista”. De un lado el capital variable, del otro, el capital constante.

¿Cómo tomó contacto un ingeniero alemán, desde la ciudad de San Luis, con las obras de Marx y Engels? Fermín Chávez afirma que Lallemand arribó en 1868 a la Argentina luego de “participar en la lucha que el socialismo alemán entablara con Bismarck” (1993: 49) y García Costa sostuvo que “la formación ideológica marxista de Lallemand se había producido en Europa” (1985: 33, n. 9). Ninguno respalda su afirmación en fuentes: se trata sin duda de conjeturas, ambas poco plausibles. Para mediados de la década de 1860 el socialismo estaba en sus albores en Alemania. El partido de los “eisenachianos” (de Be-

bel y de Liebknecht) recién se iba a fundar en 1869, un año después que Lallemant arribara a la Argentina. El “marxismo” virtualmente no existía entonces en tanto que “concepción materialista de la historia” o que “socialismo científico”, sino que es construido como doctrina en gran medida por Kautsky en la década de 1880, con el padrinazgo de Engels (Andreucci, Haupt). Ahora bien, si no llegó a la Argentina como marxista, ¿habrá formado parte el joven Lallemant, poco antes de partir para el Brasil, del auditorio de las animadas conferencias de Ferdinand Lassalle que dieron origen en 1863 a la ADAV (*Allgemeiner deutscher Arbeiterverein*)? Es poco probable. Las primeras referencias de Lallemant a conceptos socialistas o marxistas aparecen, como vimos, en 1888 y su primera “profesión de fe” marxista data de 1890, en *El Obrero*. Como se ha señalado, no hay ningún testimonio escrito de sus ideas socialistas o marxistas entre 1868 y 1888, y resulta poco verosímil una “hibernación” de las mismas durante 20 años (Díaz, 1997: 131).¹ En 1873, por ejemplo, su concepción de la “civilización” no difiere de la de Sarmiento y los hombres de la élite: “En el Río Quinto vive en los fortines la guarnición. Salvo ella no se ve ninguna casa. Lo que antes estaba vivo lo mataron los indios con sus malones o lo apresaron y lo llevaron a sus tolderías del sur. Los indios juegan un molesto rol en la seguridad diaria argentina. Atacan con sus tacuaras a los *winca* (cristianos), suben a las mujeres a los caballos y huyen hacia el sur para entregar las muchachas y los animales a los caciques. El indio es cobarde y artero, falso y pérfido... ¿Ofrecerle la mano al indio y cerrar contratos con ellos? La historia de las colonias españolas tiene casi 400 años y dice claramente que no hay que hacerse ilusiones y sueños, y también en el Río Quinto la colonia alemana se expandirá y progresará, sólo producirá seguridad el plomo y la pólvora”.²

No sólo no están presentes en éste y en los otros textos de estos años los términos que Lallemant incorpora a partir de 1888 —fuerzas productivas, relaciones de producción, clases sociales, acumulación del capital, etc.—, sino que a partir de entonces su concepción de la formación de la Argentina moderna se invertirá: la acción “civilizadora” de la élite aparecerá entonces como resultado de la expansión del capital y la concentración capitalista de las tierras, realizada a ex-

puestas de las comunidades aborígenes que son consideradas ahora como víctimas de este proceso, antes que amenaza de “barbarie”.

Además, el contraste entre el tenor del texto de la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* redactado en 1882 y el del prólogo “marxista” de 1888, permite inferir que el encuentro de Lallemant con Marx se produjo dentro de ese lustro. Esto es, coincide con la instalación del *Verein Vorwärts* en la Argentina (enero de 1882) y su intensa difusión de literatura socialista y marxista (Klima, 1974), aunque no puede descartarse que Lallemant mantuviese correspondencia directa con Alemania y hubiese recibido por esta vía independiente obras de Marx y Engels.

Germán Avé-Lallemant y la experiencia del periódico El Obrero

Cuando en abril de 1890 los miembros del Comité Internacional Obrero deciden, entre otras medidas, “Editar un periódico para la defensa de la clase obrera”, acuden a ese sabio alemán. “Ignorado de los militantes, y lejos de la Capital Federal, había un intelectual que conocía a fondo las teorías socialistas y que con interés creciente observaba las tentativas de organización proletaria” (Kühn, 1916: 102). En efecto, Lallemant es un “ignorado de los militantes”, pero para entonces se ha transformado en el principal colaborador del semanario *Vorwärts*: es prácticamente el único que firma sus notas, sea con su nombre o sus innumerables seudónimos. Aborda en sus páginas, durante más de una década, los temas más variados: científicos, económicos, sociales, culturales, políticos, unas veces en un tenor más teórico y abstracto, otras veces, en el tono más coloquial y descriptivo de un corresponsal. Es probable que se deban también a la iniciativa de Lallemant los pocos artículos que este semanario socialdemócrata de Buenos Aires de inspiración lassalleana, consagrara a Marx y a Engels. A fines de la década de 1880 y principios de la década de 1890 es probablemente la única persona en el país familiarizada con su obra.

El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria hizo su aparición el 12 de diciembre de 1890. Sobre el título se estampaba la divisa del *Manifiesto*: “Proletarios de todos los países,

Uníos!". El autor de la mayoría de los artículos sigue siendo Lallemand, aún después de que abandona la dirección del periódico porque debe retornar a San Luis (febrero de 1891). Las notas, salvo excepciones (como algunas correspondencias), no aparecen firmadas, pero sabemos que sus colaboradores fueron Augusto Kühn, Domingo Riso (Italia, 1863- Mar del Plata, 1923), Carlos Maulli (El Tirol, 1852- Buenos Aires, 1923), Pedro Burgos y Leoncio Bagés. El tipógrafo Esteban Jiménez (Málaga, 1869- Buenos Aires, 1929) se incorporó en los últimos seis meses de vida del semanario, y lo relanzará en 1893.

Kühn lo destacó tempranamente: "Las teorías de Marx tuvieron en este periódico su primera tribuna" (Kühn, 1916, 5:125). Y, en efecto, ya en el editorial del primer número, "Nuestro Programa", se señala con toda claridad: "Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos de esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase, que inspirada por la sublime doctrina del Socialismo Científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son: la concepción materialista de la Historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente" (n° 1, 12/12/1890: 1).

El editorial es obra, sin duda alguna, de Lallemand. Si bien comienza recuperando el discurso establecido primero por el *Vorwärts* y luego por el Comité Internacional Obrero acerca del Congreso Obrero de París, la celebración del 1° de Mayo de 1890 en el Prado Español y la lucha obrera por su emancipación, Lallemand lo re-escibe en términos del marxismo de la Segunda Internacional, introduciendo en el léxico político argentino conceptos que tendrán una larga historia: sistema capitalista y acumulación del capital, clases sociales y lucha de clases, terratenientes, burgueses y proletarios, trabajo asalariado y plusvalor (que Lallemand traduce "supervalía"), etc.

El semanario —promete— será "un campeón de los intereses de la clase de los trabajadores asalariados". El Comité Internacional es presentado en términos de "centro de unión de todas las sociedades de obreros que, conscientes de la

magnitud de la misión que en la historia de la cultura humana está llamada a llevar la clase proletaria, se coaligaron, animados por el espíritu de solidaridad más amplia, con el fin de prestarse mutuamente auxilios y robustecer la acción común, por un lado para luchar en fila cerrada por el mejoramiento de las condiciones de existencia, o sea para mejorar en cuanto posible fuera los salarios y disminuir las horas diarias de trabajo, y por otro lado para contribuir a la gran obra de la emancipación de la clase obrera, y cuyo acto liberador lo comprende la misión histórica del Proletariado" (*Ibid.*).

El tono reivindicativo de los manifiestos obreros de 1890 en pos de la jornada de trabajo de 8 horas y el conjunto de la legislación obrera ha pasado en *El Obrero*, sin desaparecer, a un segundo plano: el nuevo discurso es el de una Filosofía de la Historia en la cual el Proletariado, en sintonía con el marxismo de la Segunda internacional, al luchar por su emancipación social, ha de cumplir la "misión histórica" de emancipar a toda la sociedad. La Ciencia no es concebida ya como el manantial de la Verdad adonde podrán abreviar su conocimiento los obreros que han logrado reducir la jornada de trabajo, sino que es el garante último de la redención de la humanidad por el Proletariado, ahora que las condiciones histórico-materiales han hecho que el socialismo, que hasta ayer era necesariamente utópico, adquiera con Marx y Engels, un estatuto científico. En palabras del Editorial de Lallemand: "Queremos... ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico moderno, que enseña al proletario cómo él está llamado a ser el poderoso agente, por cuya acción la Humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible, haciéndose dueña de la Naturaleza, y en este sentido siempre levantaremos la voz para gritarle a la clase de los obreros y trabajadores asalariados: Proletarios de todos los países, ¡uníos!" (*Ibid.*).

Dos aportes de Lallemand, presentes en este editorial programático y en toda la trayectoria de *El Obrero*, serán la caracterización del sistema económico-social argentino desde el prisma marxista (lo que Lenin, recuperando un concepto de Marx, definirá como "formación económico-social") y el análisis crítico de la coyuntura argentina —crisis y revolución del '90, políticas del gobierno y de la oposición radical, etc.— congruen-



te con aquella caracterización y según las categorías marxistas.

En relación al primer punto, Lallemand desplegará la caracterización de la formación social argentina que había avanzado en el prólogo a la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* y en los artículos del *Vorwärts*. Entiende que el territorio de lo que es entonces la Argentina estuvo dominado, durante casi cuatro siglos, desde la Conquista hasta tiempo reciente, por una forma de despotismo fundada en el trabajo servil o incluso esclavo de los indios. El “Caudillismo” era la forma política que correspondía a dicho modo de organización y explotación del trabajo. La Revolución de 1810 abolió de derecho, pero no de hecho, las formas serviles/esclavistas: sólo la penetración de la “civilización” a través del capital extranjero viene a completar “por abajo” el trabajo que la Revolución de Mayo inició “por arriba”. La Constitución Nacional de 1853, así como las constituciones provinciales, a pesar de su declarado liberalismo, no afectaron al caudillismo político, que alimentado por el “sistema de la política electoral”, llegó a su expresión máxima bajo el “unicato” de Juárez Celman, que acababa de derrocar la Revolución de Julio del '90.

“El capitalismo internacional en busca siempre de mercados nuevos para sus mercaderías, pero de mercados solventes, ha mucho que se fijó en la feracidad y habitabilidad de estas comarcas. Fue él quien inició y llevó adelante la obra de civilización aquí, echando sus capitales sobrantes a este país, tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca del mercado en que podían vender su fuerza de trabajo.

Pero *civilizar* quiere decir organizar la producción y el trabajo conforme con las leyes del capitalismo, cuyas leyes surgen frente a cada individuo como leyes compulsoras de la libre concurrencia, y realiza en el orden social, las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo posible de la libre concurrencia o competencia” (*Ibid.*).

En suma, Lallemand viene a decir que aunque el excedente de capital en los países centrales viene en busca de inversión rentable en estas tierras, fértiles y habitables, su penetración en paí-

ses de la periferia capitalista como la Argentina es, objetivamente, un motor de civilización, aunque, por supuesto de *civilización capitalista*: el capital extranjero disuelve las relaciones serviles o esclavistas al mismo tiempo que introduce vínculos mercantiles entre los hombres, compeliéndolos a aceptar las leyes de la compra y venta de mercancías (por ejemplo, los indios desalojados de sus tierras, los gauchos despojados de sus medios de vida y, finalmente los inmigrantes, se han visto compelidos a vender su fuerza de trabajo en el mercado, dando origen a un naciente sistema asalariado). La penetración de capitales extranjeros promueve, en el orden político, instituciones democrático-liberales, las únicas “adecuadas” al capitalismo de libre competencia.

Sin embargo, si bien el capital extranjero está interesado en instaurar un régimen burgués puro, “se ha sabido valer de la oligarquía del caudillaje para sentar sus reales en el país, e *inter* este último bien remunerado, se portó obediente y dócilmente, ambos marcharon de acuerdo”. Pero cuando la oligarquía lleva su unicato estatista más allá de lo tolerable por la lógica del capital, vulnerando la libre concurrencia, la sociedad entre ambos se rompe y estalla la crisis: “resultó que la oligarquía caudillera, abusando más y más del poder del Estado para garantizar a sus propios miembros de las consecuencias de la ley sobre libre competencia que determinan las relaciones entre los capitales individuales entre sí, infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrático burguesa, convirtiéndose el unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo. Entonces el capital internacional le echó el guante al caudillaje y estalló la guerra” (*Ibid.*).

La Unión Cívica no sería sino un instrumento inconsciente del capitalismo internacional, que busca instaurar el “régimen puro” de la dominación burguesa en la Argentina: “obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa. Hemos visto cómo la revolución de julio, la revolución burguesa por excelencia, esta última aunque desgraciada en la lucha sobre las barricadas y mal dirigida, derribó el caudillaje en la primer campaña, y si esta último recuperó fuerzas de nuevo, sin embargo, ante la guerra implacable que le hace la Bolsa, guerra inspirada desde el gran cuartel general del capi-

talismo internacional en Lombardstreet de Londres, tendrá que arrear bandera bien pronto definitivamente. Comienza, pues, en este país la era de la dominación pura burguesa, hasta hoy claudicada por tradiciones caudilleras hispano-americanas” (*Ibid.*).

Lallemant considera que esa revolución burguesa constituye un paso histórico progresivo en relación al caudillismo precapitalista y preburgués, y se ampara para ello en el “materialismo dialéctico”: “Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental el materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (*Ibid.*).

Este carácter “progresivo” del dominio burgués, sin embargo, era relativo a la historia y no debía hacer olvidar a los marxistas que inauguraba una nueva era de explotación del trabajo humano: “Pero nosotros sabemos también que la historia no es otra cosa que la lucha de clases; que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros. El Capitalista, al tiempo que paga la fuerza-trabajo del obrero con el valor real que como mercancía tiene en el mercado, extrae, no obstante, de ella mucho más valor de aquel que él ha dado en la forma de salario para adquirirla, y que esta supervalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa del capital siempre creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras” (*Ibid.*).

La Argentina no escapará a estas leyes históricas: antes bien, acaba de ingresar al terreno de la moderna lucha de clases: “Con la era de la administración pura burguesa, los capitalistas tratarán de hacer subir más la proporción de la supervalía relativa, de aumentar el grado de explotación del trabajo, tanto más como el país tiene que pagar enormes deudas en el exterior, que solamente pueden satisfacerse por los valores de la producción. La clase de los verdaderos productores, la de

los obreros pues, tendrá ahora que defenderse de un modo tanto más enérgico contra las exigencias crecientes del capitalismo, cuanto la burguesía es la absoluta dueña de los poderes del estado, sobre todo de la legislatura, y estará empeñada en echar todos los cargos e impuestos necesarios para la conservación de la autonomía nacional y provincial sobre los hombres del proletariado” (*Ibid.*).

Comparado con la prensa obrera socialista premarxista —desde *El artesano* de Victory y Suárez (1863) hasta *Le Révolutionnaire* de S. Pourille (1874-1876)—, ya el primer editorial de *El Obrero* comportaba una innovación político-periodística e ideológica extraordinarias: no sólo definía al nuevo semanario como defensor de los intereses de una clase obrera moderna (apenas en formación), sino que vinculaba también la “misión histórica” del proletariado con la doctrina del “socialismo científico”, la caracterización de la formación social argentina con el análisis de un hecho reciente —la crisis del ‘90 y la Revolución de Julio—, abordado en un lenguaje novedoso y en sintonía con los temas de lo más avanzado del socialismo europeo. Los números sucesivos no harán sino desarrollar este editorial programático.

El Marx de Lallemant

Lallemant no deja de transmitir su entusiasmo, en cada página de *El Obrero*, por la obra de su maestro, y particularmente por *El Capital*. Cualquier tema abordado es una buena excusa para recomendar su lectura a los obreros. En un retrato que traza con motivo de un aniversario de su muerte, en la portada de la edición de *El Obrero* del 14 de marzo de 1883, bajo el título “Carlos Marx”, presenta ante todo la figura de un sabio, un economista, un científico, un filósofo. Es interesante constatar qué obras de Marx conoce entonces Lallemant: “Él [Marx] ha publicado además: *Manifiesto del Partido Comunista*, junto con Engels en 1847 [sic: 1848]. El *18 de Brumaire*, un bosquejo histórico-político dirigido en 1857 [sic: 1852] contra Napoleón III. La *Miseria de la Filosofía*, contestación a la filosofía de la miseria de M. Proudhon, aparecido en 1847. *Crítica de la Economía Política*, aparecido en 1859. De su gran obra, *El Capital, una crítica de la economía política*, apareció el primer tomo en 1867. El segundo tomo fue publicado por Engels en 1885 y el terce-

ro debe probablemente publicarse dentro de pocos meses. Además escribió Marx un folletito: *Revelaciones sobre el juicio contra los comunistas de Cologne*, en 1853”.

La referencia precisa sobre la inminente aparición del tercer volumen de *El Capital* es una pauta clara del grado de actualización de Lallemand con la literatura marxista (Engels viene anunciando la edición del manuscrito de Marx hace años, pero recién podrá concluirlo en 1894). Es significativo que mientras la mayor parte de los socialistas contemporáneos ingresaban a la doctrina a través del *Manifiesto Comunista*, del *Anti-Dühring* de Engels o de *La mujer y el socialismo* de Bebel, Lallemand lo haga a través de esta obra compleja. Las citas de *El Capital* son incontables en *El Obrero*, en contraposición a citas aisladas de *El Manifiesto Comunista* o de la *Crítica de la Economía Política*. Significativamente, Lallemand no cita (ni siquiera incluye en su perfil de Marx) *La guerra civil en Francia*, que según Hobsbawm constituía, junto con el *Manifiesto* y *El Capital*, la trilogía de textos de Marx más difundidos y disponibles al público antes de que Engels emprendiera un trabajo de reedición de obras agotadas de Marx (Hobsbawm, 1979/1980: 296).

Lallemand refiere en menor medida a Engels: cita *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el *Anti-Dühring* y “Socialismo utópico y socialismo científico”, glosada ampliamente en su retrato de Marx. En el último número de *El Obrero* (n° 88, 24/9/1892: 1), en el artículo que titula “Historia de la cultura humana”, resume *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), introduciendo al movimiento obrero argentino en la terminología de la antropología evolucionista de Lewis Morgan.

También hace dos referencias a la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, una en 1891, pocos meses después de su aparición en *Die Neue Zeit*, y otra vez en 1895 en el *Vorwärts*, en una polémica con el joven Ingenieros. Es muy probable que para fines de la década de 1880 o inicios de la del 1890 Lallemand ya esté suscripto a *Die Neue Zeit*, revista a la que envía sus “correspondencias” desde 1894. Esta colaboración regular ha permitido conjeturar a varios autores que Lallemand mantuvo una relación epistolar con Karl Kautsky, su director.

Se ha insistido reiteradamente en el carácter “marxista ortodoxo” de Lallemand. En gran medida, se trata de una construcción retrospectiva con vistas a ofrecer un marxismo genuino y originario, en contraposición explícita o implícita al “revisionismo” de Juan B. Justo (Ratzer, 1970; Paso, 1974; García Costa, 1985, etc.) o del joven José Ingenieros (Labastie, 1975). Sin duda, Lallemand es un “marxista ortodoxo” no porque lea a Marx mejor o peor que Justo e Ingenieros, sino en tanto y en cuanto lee a Marx según el canon establecido entonces por la ortodoxia marxista alemana, cuyo portavoz era Kautsky. Además, si bien ortodoxos y revisionistas leen a Marx desde su propio prisma, unos y otros se apoyan sobre una plataforma común: la que brindan las concepciones evolucionistas en boga en las últimas tres décadas del siglo XIX. Después de todo, también Kautsky había llegado a Marx después de estudiar ciencias naturales, previo paso por el darwinismo.

No se trata tampoco de que Lallemand fuese “kautskista”, pues uno y otro desarrollan sus respectivas obras en simultáneo. ¿Qué ha leído Lallemand de Kautsky a la hora de redactar *El Obrero*? En verdad, sus principales obras son posteriores a 1892. Puede haber leído *La doctrina económica de Carlos Marx* (1886), pero sobre todo los artículos de Kautsky en *Die Neue Zeit*, donde también pudo conocer textos de figuras de la socialdemocracia europea como Bernstein, Bebel, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Lenin, Hilferding, Plejánov, etc. En esta revista se desató el *Bernstein-Debatte*, que seguramente siguió con atención, y probablemente haya recibido y leído la réplica de Kautsky a Bernstein, pero apenas ha dejado ligeras referencias indirectas al debate sobre el revisionismo (Lallemand, 1974). Desde luego, conoció y apreció *La Cuestión Agraria* de Kautsky, que hizo traducir para *La Agricultura* (Díaz, 1997), pero la primera edición alemana de esta obra es de 1899 y Lallemand viene desarrollando sus tesis sobre la “cuestión agraria” argentina a lo largo de toda la década de 1890.

Lallemand, lector de El Capital

El Capital no sólo ofrecía un estudio crítico del “régimen capitalista de producción” que tomaba a Inglaterra, “el hogar clásico de este régimen”, como modelo. Marx advertía al lector alemán en el

Prólogo a la primera edición (1867) que las regiones menos desarrolladas industrialmente terminarían, más tarde o más temprano, por sucumbir a las leyes de la producción capitalista, imponiéndose en todo el globo “con férrea necesidad”: *de te fabula narratur!* La obra de Marx no sólo fue acogida por los socialistas del mundo capitalista desarrollado, sino que interesó sobremanera a los del mundo periférico. Los populistas rusos, por ejemplo, la recibieron con beneplácito, pero no dejaron de sentirse conmocionados por el capítulo XXIV consagrado a “la llamada acumulación originaria” y no se demoraron en escribirle a Marx preguntándole si de su concepción debía desprenderse que algún tipo de necesidad histórica obligaba al pueblo ruso a pasar por las horcas caudinas de la acumulación primitiva del capital, con toda su secuela de violencia, miseria y crisis social, para ingresar en la civilización moderna (Shanin, 1984/1990; Tarcus, 2000).

La lectura de *El Capital* ha conmocionado, sin duda, también a Lallemant. La obra de Marx le ha proporcionado no sólo un modelo para comprender la dinámica del capitalismo en Europa Occidental y los Estados Unidos, sino también para reprocesar veinte años de observaciones críticas sobre el atraso argentino. Marx le advertía al lector alemán en el Prólogo a la primera edición que “la realidad alemana es mucho peor todavía que la inglesa, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todos los demás campos, nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo padece los males que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también los que supone la falta de desarrollo. Junto con las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*” (Marx, 1867/1946, I: XIV). Lallemant no sólo es un “lector alemán”, consciente del “atraso alemán”. Es, además, un alemán en América Latina, que conoce por partida doble, como alemán y como latinoamericano, cómo se combinan de modo alarmante las miserias que trae, “desde afuera”, el desarrollo, con las que arrastra, “desde adentro”, el propio subdesarrollo (“la falta de desarrollo”), con “todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*”.

La “ortodoxia marxista” también leyó a Marx, y concretamente a su *opera magna*, en clave evolucionista. En palabras de Shanin, el evolucionismo constituía “el arquetipo intelectual de aquellos tiempos, tan prominente en los trabajos de Darwin como en la filosofía de Spencer, en el positivismo de Comte y en el socialismo de Fourier y Saint-Simon. El evolucionismo, es esencialmente, una solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio [...] La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el determinismo optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos...” (Shanin, 1984/1990: 15).

Era inevitable que *El Capital* fuese leído desde este prisma por los hombres que —como Kautsky, o como Lallemant— se habían formado en el paradigma cientificista y evolucionista. Marx aparecía ahora, no como el revolucionario de los tiempos de la Internacional (Tarcus, 2002), sino como un sabio, un científico capaz de ofrecer su saber a una causa de redención humana. *El Capital* es leído, ante todo, como una obra científica, equiparable en ese sentido a *El Origen de las especies* de Darwin. El riesgo de esta lectura en clave cientificista —a la que se prestaba la propia insistencia de Marx en el carácter “científico” de su obra, cuyo objeto señalaba en el Prólogo de 1867 no consistía tanto en las “contradicciones sociales” como en “las leyes naturales de la producción capitalista” que se imponían “con férrea necesidad”— es que se desdibujase su tenor crítico-político. La obra tardía de Engels reforzó esta orientación (Mondolfo, 1915/1956). Pero fue Kautsky, finalmente, quien instituyó el marxismo ortodoxo en términos de un monismo evolucionista y naturalista (Salvadori, 1978/1980). De cualquier modo, como ha señalado Andreucci, la vinculación de Darwin, Spencer y Haeckel con Marx “estaba en el espíritu de los tiempos” (1979/1980). Pues bien: como veremos, Lallemant leyó *El Capital* en esta clave cientificista, naturalista y evolucionista, ya sea previamente influido por Kautsky, ya sea por su propia formación de naturalista y por el peso que la ideología evolucionista había adquirido dentro de las élites ilus-

tradas, en el mundo entero y, por supuesto, también en la Argentina (Terán, 2000).

El énfasis puesto por Marx en que el comunismo no era una idea exterior a realizarse en el mundo, ni un modelo ideal a ser aplicado, sino que era un proceso intrínseco al orden capitalista, había entusiasmado a Lallemand. Como muchos socialistas contemporáneos, el sabio naturalista de San Luis interpretó la concepción materialista de la historia en una clave fuertemente evolucionista, donde cada etapa sucesiva representaba un momento necesario y progresivo en relación al anterior: la historia humana como realización del Progreso: “Marx, en su célebre obra *El Capital*, ha demostrado que el método actual de producción se había desarrollado en el curso de la historia del género humano de los métodos anteriores, y que este método actual de producción, el del capitalismo, era una fase lógica y necesaria del grande proceso de transformación progresista, que llevando a la humanidad de un grado de cultura a otro superior, había llegado al actual de la Sociedad Burguesa, o sea, a la civilización moderna...” (“Las Uniones industriales capitalistas”, *EO* n° 11, 7/3/1891, pp. 1-2).

En el mismo sentido, en el citado editorial del primer número de *El Obrero* se leía: “*Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso*, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (“Nuestro programa”, *EO* n° 1, 12/12/1890: 1).

Asimismo, Lallemand leyó a Marx en clave científico-natural: el marxismo, el Socialismo científico, no sería para él otra cosa que un saber positivo acerca de las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, saber que, en el plano del conocimiento, se correspondía con la realización “objetiva” del socialismo en el seno del capitalismo: “Aunque nuestros enemigos lo niegan, el Socialismo es la idea predominante que hoy en día determina toda la marcha del Estado y de la Socie-

dad, de la civilización entera. Naturalmente que así sucede, porque el Socialismo es el hijo de esta civilización, y la Democracia socialista es el producto de condiciones reales existentes, la expresión de condiciones reales concretas, y ha formulado sus exigencias de un modo determinante definido y positivo, fundadas sobre aquellas condiciones reales existentes”. La Ciencia era, pues, el garante de la política: “Estamos absolutamente convencidos de la legalidad que la ciencia otorga a nuestras aspiraciones” (“Nuestra táctica (continuación)”, *EO* n° 23, 1°/6/1891).

Sin embargo, el problema se presentaba cuando el conocimiento de la legalidad capitalista terminaba confundiendo con su implícita aceptación en tanto proceso “objetivo y necesario”. El extraordinario elogio de la modernidad capitalista con que Marx abrió el *Manifiesto Comunista* se complementaba cabalmente con la crítica radical que le seguía a continuación, y que develaba su carácter contradictorio, violento, explotador y misticador. La modernización capitalista adquiría así, una doble faz, a la vez revolucionaria y opresora. En cambio, como ya se ha indicado, el énfasis puesto por Marx en presentar a *El Capital* como el estudio de las “leyes naturales” que rigen la producción capitalista, el hincapié científico en equiparar leyes sociales con leyes naturales, facilitó la lectura de la *opera magna* de Marx en clave científico-positiva. Durante décadas se olvidó que Marx consideraba a la Economía Política como una ideología y *El Capital* fue leído como una obra de ciencia económica socialista antes que como una crítica de la Economía Política en tanto que tal. Según Lallemand: “La economía política es la ciencia de las leyes generales del trabajo, o de la industria humana. El trabajador pues, ante todo otro ser humano, tiene un interés directo de estudiar esta ciencia e imponerse de sus resultados, con el fin de llegar a darse cuenta conscientemente de su posición, de su importancia, de sus derechos y deberes en la sociedad y para con la especie humana a que pertenece... El estudio de la economía política se ha generalizado en los últimos tiempos. Probablemente porque los hombres han comprendido que esta ciencia les conducirá a la solución teórica de la magna cuestión del día, de la Cuestión Social” (“La economía política”, en *EO*, n° 32, 8/8/1891).

En ese sentido, fenómenos del capitalismo de fin de siglo como los *trusts*, grandes uniones industriales por rama a nivel nacional, con la consecuente ruina de los pequeños y medianos productores era, aunque doloroso, un “progreso necesario”: “Si bien estas Uniones tienen por resultado la brutal destrucción de la pequeña industria, las saludamos como un progreso necesario del sistema moderno de producción”. Ellas operaban, de hecho, una “nacionalización de la industria” que equivalía enteramente a la “socialización de la producción”. De modo que, concluye Lallemant: “estas Uniones son los más enérgicos agentes en el tiempo de propaganda de las teorías y del propósito del Socialismo científico” (*Ibid.*).

Marx, exponiendo “La ley general de la acumulación Capitalista” (cap. XXIII de *El Capital*) había previsto que el límite que alcanzaría el proceso intrínseco de centralización del capital estaría dado por la aglutinación de todos los capitales de una misma rama industrial, en manos de un solo capitalista o una misma sociedad (Marx, 1867/1946, I: 530-531). Engels agregaba una nota al pie de la 4ª edición alemana de 1890: “Los novísimos *trusts* ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos todas las grandes empresas de una rama industrial, en una gran sociedad anónima con monopolio efectivo” (*Ibid.*: 531 n.). Pero Engels se limitaba aquí a una simple constatación histórica que confirmaría la previsión de Marx: difícilmente puede ser interpretada como el reconocimiento de una forma progresiva y superior de capitalismo, que aproximaría a la humanidad al socialismo. Incluso su referencia al recurso monopolista desacreditaba cualquier interpretación en ese sentido.

Pero Lallemant, números más adelante, extenderá el radio de las “instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” hasta incluir todas las formas contemporáneas de propiedad estatal, incluso la economía alemana nacionalizada por el canciller Bismarck: “Ya en la forma actual de muchas instituciones sociales y económicas vemos más o menos realizados nuestros principios socialistas, así p. e. en la convención internacional de correos, en los ferrocarriles de propiedad del Estado, etc., etc, y más y más va la idea comunista apoderándose de los ánimos. La reforma social, el imperialismo social alemán, el socialismo

de la pequeña burguesía, el socialismo católico del Cardenal Canning, los *trusts* industriales, las grandes compañías de seguros y de aseguranza mutua, etc., etc. Todas estas instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” (“Nuestra táctica”, *EO* n° 22, 24/5/1891).

Mientras Lallemant escribe estas líneas, Engels prepara una nueva edición de su folleto “Socialismo utópico y socialismo científico” que aparece en Alemania en 1891. Vuelve aquí sobre lo que llama una verdadera “rebelión de las fuerzas productivas, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social”. Esta extraordinaria socialización de los medios de producción excede al capital individual e impone primero la forma de grandes sociedades anónimas, luego la de los *trusts* e incluso su nacionalización como empresas del Estado, el que, llegado a un cierto punto, tiene que hacerse “cargo del mando de la producción”, en áreas como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles. ¿Es “progresivo históricamente” este proceso en términos de Engels, como lo es en Lallemant? En un aspecto, Engels parece coincidir con el optimismo de Lallemant: en los *trusts*, por ejemplo, “la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planeada y organizada por la naciente sociedad socialista” (Marx-Engels, 151-152).

Sin embargo, el autor de “Socialismo utópico y socialismo científico” rechaza tajantemente cualquier ilusión “socialista” sobre las nacionalizaciones por parte del Estado: “las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los *trusts* o en propiedad del Estado... el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal” (*Ibid.*: 153).

E incluso arremete contra lo que denomina “una especie de falso socialismo, que degenera alguna que otra vez en un tipo especial de socialismo, sumiso y servil, que en todo acto de nacio-

nalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización de la industria del tabaco fuese socialismo —ironiza Engels—, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich” (*Ibid.*: 152, n.).

Engels, en suma, tiende a plantear una dialéctica histórica “objetiva” del desarrollo capitalista entre fuerzas productivas y relaciones de producción articulada con una dialéctica “subjetiva” en términos de luchas de clases, de sujetos históricos, de partidos y política. Kautsky, en el prólogo a un texto que pocos años después Lallemand hará traducir para el semanario *La Agricultura*, dará una vuelta de tuerca a la dialéctica histórica de Engels en un sentido positivo, objetivista, evolucionista e integracionista:

“Engels decía en su *AntiDühring* lo necio que es considerar como elemento del proceso dialéctico una negación destructiva. La evolución por la vía de la negación no significa en modo alguno la negación de todo lo existente; supone más bien la continuidad de aquello que está evolucionando... La evolución sólo es un progreso cuando no se limita a negar ni abolir, sino cuando también conserva; cuando junto a lo existente que merezca desaparecer, mantiene también lo que merece conservarse. La evolución consiste, pues, en acumular los progresos de las fases anteriores de la evolución. El desarrollo de los organismos no sólo se produce por *adaptación* sino también por *herencia*; las luchas de clases que hacen evolucionar, no sólo se orienta a la *destrucción* y la *reproducción*, sino también a la *conquista* y la *conservación* de algo existente; el progreso de la ciencia sería igualmente imposible sin la *transmisión* de sus resultados anteriores como sin su crítica; y el progreso del arte no nace de la *originalidad* del genio, rompiendo con todas las barreras de lo tradicional, sino también de la *comprensión* de las obras maestras de los predecesores” (Kautsky, 1899/1970: CIX).

Lallemand llegará aún más lejos. Es que el “padre el marxismo argentino” es, podría decirse, un “marxista sin sujeto”, no sólo en el sentido de que el proletariado de la Federación Obrera es apenas una clase incipiente en la Argentina, sino en tanto su concepción del marxismo tiende a acen- tuar el momento objetivo, positivo, de la dialéctica, en desmedro del subjetivo y negativo. Véase,

por ejemplo, cómo su entusiasmo por el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance del proceso de socialización de la producción obnubila hasta tal punto la dimensión político-subjetiva de la dialéctica histórica, que tiende a presentar el socialismo como algo inminente... en 1891:

“El socialismo es hijo del mismo capitalismo. En la sociedad burguesa actual misma, se están desarrollando los gérmenes del socialismo. Así como esta sociedad nació del orden social del tiempo colonial español,... así está el socialismo naciendo ahora del orden social vigente y tiende a instalar un orden perfeccionado muy elevado y superior al actual, un orden cuya idea fundamental es la Solidaridad, el Mutualismo, la Comunidad los intereses de todos, la igualdad de la acción, de desarrollo y ventajas de todos al trabajo, y el derecho igual de todos a la educación y a los productos del trabajo. Y la sociedad socialista o comunista está ya casi pronto para nacer; puede decirse que no falta más que romper la cáscara del huevo... El proceso de desarrollo no lo ataja, no lo paraliza nadie... ¡El socialismo es absolutamente invencible!” (“El socialismo y la burguesía argentina”, en *EO* n° 21, 16/5/1891).

Esta lógica parece llegar al paroxismo cuando Lallemand se entusiasma al recibir la noticia del éxito de una experiencia con energía eléctrica realizada en Frankfurt, Alemania. En un artículo titulado “Un grande triunfo del trabajo humano. La transmisión de energía eléctrica, la aliada del socialismo” se complace en anunciar que ha concluido la era del vapor, identificada con el capitalismo, y que ha comenzado la era de la electricidad, que será la del socialismo: “La nueva transmisión de la corriente eléctrica es la poderosa aliada del socialismo a tal grado, que no pasarán ni los 9 años restantes del siglo actual sin que se haya instalado la sociedad socialista y la producción colectivista. Acabóse la época del vapor, del hierro y del carbón. Acabóse con ella el capitalismo. Comenzó la época de la electricidad y del aluminio, y con ella la época de la sociedad socialista”(EO n° 41, 31/10/1891: 1).

Resuena en el aforismo de Lallemand aquella frase del Marx de *Miseria de la Filosofía*, que probablemente conociera a través de la traducción española de J. Mesa: “El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; al molino de vapor, la sociedad de los capitalistas

industriales” (Marx, 1847/1970: 91). Tal como ha señalado E. P. Thompson, “este aforismo se ha tomado como licencia para basar el determinismo tecnológico: las fuerzas productivas ‘dan lugar a una u otra sociedad’ cuando en verdad forma parte de una argumentación mayor dirigida a refutar el uso ahistórico que hacía Proudhon de las categorías económicas, tal la de división del trabajo. Marx argumentaba, pues, que Proudhon “invertía” el proceso histórico al comenzar por la categoría “división del trabajo”, cuando en verdad es la “máquina” la que históricamente “descubre” la división del trabajo y determina sus formas particulares (Thompson, 1878/1981: 187). Pero sin duda, en la construcción del “marxismo”, el aforismo pervivió aislado como una fórmula que resumía el determinismo económico-tecnológico dominante en el pensamiento de la Segunda Internacional. Además, *Miseria de la Filosofía* pasaba de la crítica de la “objetividad” de la economía política a la dimensión subjetiva, concluyendo con el célebre análisis del proceso de formación de la clase obrera moderna (de la “clase en sí” a la “clase para sí”), dimensión ausente en la perspectiva de Lallemant.

El aforismo de Lallemant tiene, por otra parte, un eco en un proceso histórico posterior: el que pronunció Lenin en noviembre de 1920 a propósito del plan de electrificación de la URSS (GOSPLAN): “el comunismo es el poder soviético más la electrificación del país”. Pero la situación en la Argentina de 1890 es exactamente la inversa a la de Lenin treinta años después: las esperanzas del líder bolchevique venían dadas porque para él la electrificación crearía las condiciones materiales que hasta entonces habían faltado en Rusia para la transición al socialismo, a pesar de que la toma del poder por la vía revolucionaria había tenido lugar tres años antes...

Esta perspectiva “objetivista” lleva a Lallemant a adoptar, en años inmediatamente posteriores, una posición ante el fenómeno emergente del *imperialismo* que, en principio, puede parecer paradójal. Lallemant no sólo no ignora el carácter dependiente del capitalismo argentino, sino que probablemente haya sido el primero en usar esta categoría en un sentido marxista en la Argentina. Por ejemplo, cuando analiza la crisis capitalista de 1883, señala críticamente “que nuestros grandes terratenientes buscaban capital móvil, con

cuyo fin hicieron que el Estado contrajese grandes empréstitos, los cuales han hecho del país un tributario del capital inglés. Se enajenó la Nación. La independencia política nacida en 1816 se vendió, y resultó nuestra dependencia económica actual” (“El carbón de piedra en la República Argentina”, en *La Agricultura*, 1894, transcripto en Ferrari, 1993: 128).

En un artículo que publica en *Die Neue Zeit* de Kautsky, denominado precisamente “Imperialismo europeo en América del Sur”, Lallemant muestra con cifras el endeudamiento argentino en relación a Inglaterra. Entendía que el nuevo imperialismo económico era mucho más eficaz que el colonialismo: “Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capital inglés exprime, pues, de la Argentina, en valor relativo, 17 veces más de lo que extrae a sus súbditos indios”. Lallemant no olvidaba la perspectiva de clase y señalaba que la crisis agravaba aún más la explotación capitalista: “Es, pues, fácil de comprender que la explotación del proletariado prácticamente no conozca límites, que cese la inmigración y que tome cada vez mayor incremento la emigración. Pobreza y miseria crecen hasta el infinito. El país ya no soporta la carga y se hunde bajo el peso del imperialismo británico y de su propia administración irresponsable” (*DNZ*, t. I, 1902-1903, en Lallemant, 1974: 189)

En otro artículo en la misma revista, presenta asimismo un cuadro dramático de la penetración del capital estadounidense en Bolivia. Pero su conclusión, lejos de ser adversa al imperialismo, lo hace aparecer como “progresivo”: “no obstante todas las protestas, es presumible que la bandera estrellada flameará pronto sobre una parte de este continente; los destinos de estas miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, serán entonces determinadas por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y a la civilización” (“La política expansionista de Estados Unidos en América Latina”, *DNZ*, I, 1902-1903, transcripto en Lallemant, 1974: 190 y ss.).

Lallemant adhiere al panamericanismo, como lo había hecho años atrás, a propósito el conflicto limítrofe entre Chile y la Argentina: “A los adversarios del militarismo únicamente se les presenta



Dirk Kerst Koöpmans

una lejana esperanza: la posible intervención de Estados Unidos. El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente. La oligarquía es un enemigo a muerte del panamericanismo” (“Chile y la Argentina”, en *DNZ*, I, 1895-1896, en Lallemant, 1974: 174-179).

Lallemant critica la violencia, la usura y los innumerables sacrificios que para los pueblos representa el imperialismo, pero lo considera en última instancia, “civilizador” y progresivo (Díaz, 1997: 138-139). En verdad, no podría juzgarse a Lallemant por desconocer el debate marxista sobre el imperialismo, que nacía en Europa inmediatamente después que moría Lallemant.³ La mirada del ingeniero germano-argentino sobre el imperialismo estaba inspirada, aquí también, en la concepción del “marxismo ortodoxo” hegemónico en la Segunda Internacional.

Replica aquí, seguramente sin conocerla en forma directa, la perspectiva planteada por Marx en los artículos del *New York Daily Tribune* a principios de la década de 1850 sobre la penetración del capital británico en la India, perspectiva que se había convertido, repitámoslo, en patrimonio del marxismo de la Segunda Internacional. Marx intenta pensar el problema desde una dialéctica del progreso, articulando al mismo tiempo que una condena moral del colonialismo inglés y de sus efectos destructivos en la India, una justificación histórica de la expansión capitalista en nombre del progreso. Marx no desconoce los horrores de la dominación occidental: “la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país”. Lejos de aportar un “progreso” social, la destrucción capitalista del tejido social tradicional ha agravado las condiciones de vida de la población. Sin embargo, en último análisis, a pesar de sus crímenes, Inglaterra ha sido “el instrumento inconsciente de la historia” al introducir las fuerzas de producción capitalistas en la India y provocar una verdadera revolución social en el estado social (estancado) del Asia (Marx, 1853/1973: 24-30).

En un artículo ulterior, “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, Marx explicita

su postura: la conquista inglesa de la India revela, de otro modo, “la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa”. Sin embargo, la célebre conclusión de este texto resume perfectamente la grandeza y los límites de esta primera forma de la dialéctica del progreso: “Y sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos a control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado” (*Ibid.*: 71-77).

Como ha señalado Michael Löwy, Marx percibe claramente la naturaleza contradictoria del progreso capitalista y no ignora en absoluto su costado siniestro, su naturaleza de Moloch exigiendo sacrificios humanos; pero él no cree menos en el desarrollo burgués de las fuerzas productivas a escala mundial —promovido por una potencia industrial como Inglaterra— y, en último análisis, históricamente progresista en la medida en que prepara el camino a la “gran revolución social”. Se hace aquí patente la impronta hegeliana, histórico-filosófica, de la concepción marxiana del progreso: la “astucia de la razón” —una verdadera teodicea— permite explicar e integrar todo acontecimiento (aún los peores) en el movimiento irreversible de la Historia hacia la Libertad. Esta forma de dialéctica cerrada —ya predeterminada por un fin— parece considerar el desarrollo de las fuerzas productivas —impulsadas por las grandes metrópolis europeas— como idéntico al progreso, en la medida en que él nos conduce necesariamente al socialismo (Löwy, 1996: 197).

El Prólogo de Marx a la *Crítica de la Economía Política* de 1859 parecía establecer una visión progresista y secuencial de modos de producción sucesivos y *El Capital*, como se ha señalado, parecía confirmarlo, al mostrar cómo los “países industrialmente más desarrollados no han más que poner por delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir” (*El Capital*, 1867/1946, I: XIV). La puesta en cuestión de esta concepción histórico-filosófica fue llevada a cabo por el marxismo crítico a partir de la décadas de 1920 y 1930, de Lukács a Karl Korsch, de Gramsci a Mariátegui, de Benjamin a Adorno. Retomando estas preocupaciones, investigadores

contemporáneos exhumaron nuevos textos y revelaron los esfuerzos de Marx, tras la publicación de *El Capital*, por desautorizar las tentativas de “convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren”. Su método, aclara el propio Marx, consiste en estudiar en su especificidad los diferentes medios históricos para luego compararlos entre sí, y no en la aplicación de la “clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica” (Marx, 1877-78/1980: 63-65). Pero quizás el síntoma más evidente de cierto desajuste existente entre la teoría histórica tal como Marx la concebía y lo que comenzaba a institucionalizarse como Filosofía marxista de la Historia, fue el malestar y el extrañamiento del propio Marx ante los “marxistas” que creían ser fieles a su maestro reduciendo la historia a un relato preconstituido de matriz economicista: “Todo lo que sé es que yo no soy marxista”.

Ahora bien, en 1890 o en 1900, no sólo en el San Luis de Lallemand sino en la Stuttgart de Kautsky, en la Ginebra de Plejánov o en el San Petersburgo de Lenin se ignoraban absolutamente estos esfuerzos de Marx por repensar su concepción de la historia a la luz de un desarrollo desigual y no lineal y expansivo del capitalismo (Tarcus, 2000). Fue aquel razonamiento teleológico y eurocéntrico el que sirvió de base para la llamada doctrina “marxista ortodoxa” de la Segunda Internacional, con su concepción determinista del socialismo como resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas (en contradicción creciente con las relaciones capitalistas de producción (Löwy, 1996: 199).

La apelación a la cientificidad, con todo, no estaba necesariamente reñida con una concepción mesiánica de la revolución. El propio Kautsky, en su influyente comentario de *Die Neue Zeit* sobre el Programa de Erfurt, interpretaba el papel de la socialdemocracia como una “iglesia combatiente” y el del socialismo como una “buena nueva” o un “nuevo evangelio”. El triunfo del socialismo aparecía como inevitable: “Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarro-

llo económico y político de la sociedad moderna, especialmente durante el último siglo, es la necesidad de la victoria final del proletariado” (“Das Erfurter Program”, *DNZ*, 1891, en Salvadori, 1978/1980).

La semejanza con la perspectiva de Lallemand es enorme: “Es la fuerza inconsciente, que aparece en toda la historia del género humano como una directriz, que determina el rumbo en que debe evolucionar el desarrollo. Somos nosotros los obreros socialistas los primeros portadores conscientes de la idea progresista histórica. En este carácter consiste nuestra absoluta invencibilidad. El Congreso argentino nos oirá, y aunque se oponga el infierno a ello, dictará la ley que solicitamos (“Presentación de la Federación Obrera. Al honorable Congreso (continuación)”, *EO* n° 9, 21/2/1891).

Lallemand: ¿un marxismo sin sujeto?

El 7 de abril de 1894 aparecía el primer número de *La Vanguardia* y como un eco directo de *El Obrero*, se titulaba “periódico socialista científico, defensor de la clase trabajadora”. En la portada, bajo el título de “Nuestros predecesores”, se le rendía homenaje a Lallemand y su periódico: “Debemos un recuerdo honroso a los que nos han precedido aquí en la propaganda socialista. *El Obrero*, semanario que apareció en diciembre de 1890, ha sido el primer periódico de la clase trabajadora argentina. Fue órgano de la Federación Obrera, y contribuyeron muy principalmente a sostenerlo los compañeros Lallemand y Kühn” (*LV* n° 1, 7/4/1894, p. 1).

Pocas semanas después, se publicaba una carta de Lallemand al director de *La Vanguardia* bajo el título “Los obreros en la República Argentina. Una opinión digna de ser escuchada”. El copete indicaba: “El ciudadano Germán A. Lallemand, que ha sido uno de los iniciadores del movimiento socialista entre nosotros como fundador de *El Obrero*, a cuyo sostenimiento contribuyó tanto con su inteligencia como con su dinero, y que ahora es asiduo colaborador del *Vorwärts* y de *La Vanguardia*, nos ha escrito una carta de la cual a continuación damos algunos párrafos. Ellos muestran la conformidad de ideas que tiene con nosotros en lo que se refiere a la necesidad de que también en este país los obreros socialistas

entren en la lucha política” (LV n° 5, 5/5/1894: 1).

La prédica de *El Obrero* había dado, pues, sus frutos. Juan B. Justo lo reconocía como el primer precedente de *La Vanguardia*. Un joven socialista de la nueva generación como José Ingenieros, en su folleto “¿Qué es el socialismo?” (1895), recogía lo sembrado por Lallemant en *El Obrero* y *La Agricultura* y lo citaba como una autoridad científica y ética a la hora de demostrar la pertinencia de la “cuestión social” en la Argentina (Ingenieros, 1895). En la asamblea del Partido Socialista Obrero Argentino del 9 de febrero de 1896 es elegido uno de los cinco candidatos socialistas a diputado para las elecciones parlamentarias de abril de 1896.

Sin embargo, Lallemant no reconocerá paternidad alguna con la generación socialista emergente. No dará continuidad a sus colaboraciones en *La Vanguardia* más allá de estas jornadas iniciales ni volverá a ocupar cargos en el Partido Socialista. Asimismo, su crítica vitriólica al folleto de Ingenieros en las páginas del *Vorwärts*, es un testimonio por demás elocuente de su distanciamiento: “los obreros —escribe Lallemant en 1896— notan en el folleto del señor Ingenieros que a los estudiantes les falta mucho por aprender” (transcripto en Reinhardt, 1974: 100). Paradójicamente, el ingeniero Lallemant se ampara en el carácter obrero del semanario *Vorwärts* desde el cual escribe para construir un imaginario colectivo proletario e impugnar el socialismo “pequeño-burgués” de Ingenieros. Sin embargo, el joven Ingenieros lidera entonces un grupo estudiantil (el Centro Socialista Universitario) que formará parte activa del proceso de constitución del Partido Socialista Obrero Internacional, mientras el *Verein Vorwärts* aparece por momentos replegado a una función de integración cultural y social de la comunidad alemana en la Argentina.⁴

A menudo se ha entendido su distanciamiento del socialismo argentino por sus diferencias con el socialismo “revisionista” de Justo. En efecto, en una corresponsalía de 1896 a *Die Neue Zeit*, aprueba en líneas generales la agitación socialista del partido argentino “en el terreno práctico”, pero censura el eclecticismo de su política editorial, así como la política de traducciones de *La Vanguardia*, por la difusión de autores como Enrico Ferri y Acchille Loria (“El movimiento obrero en la Argentina”, *DNZ* 1895-1896, en Lallemant,

1974: 167). En una corresponsalía de 1908, el distanciamiento crítico ha aumentado: la acción del partido, señala allí, difícilmente puede ser “más tranquila y cautelosa. Los jefes han pasado casi sin excepción al campo de Turati... son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón” (Lallemant, 1974: 205).

Sin embargo, si vamos un poco más allá de las enunciaciones doctrinarias y atendemos a la concepción que cada uno se había forjado del socialismo así como de la sociedad argentina y su lugar en el capitalismo internacional, se pone en evidencia que la oposición Justo/Lallemant es una construcción en parte debida a Kühn, pero sobre todo a los comunistas y sus epígonos (Paso, Ratzer, etc.). Es más: puede afirmarse que Justo es el discípulo cabal de Lallemant, aunque éste no reconociese su paternidad político-intelectual. Es indudable que Justo no adscribía al “marxismo ortodoxo” al estilo de un Kautsky o un Lallemant, considerando a Marx dentro de un universo de autores socialistas compartido con un Ferri o un Loria (Aricó, 1999). Esto no impide que ambos adscriban a un socialismo con un fuerte énfasis científicista, objetivista y evolucionista, defiendan como “civilizatoria” la expansión del capitalismo, sostengan para la Argentina una política económica favorable al libre comercio y estén animados por la misma confianza en que el progreso —identificado con el desarrollo tecnológico— colocará al proletariado moderno en los umbrales del socialismo.

Y si alguno de los dos está más próximo a atisbar una salida a este rígido paradigma, ése es Justo y no Lallemant. Es, precisamente, su rol de organizador político y dirigente partidario —ausente en Lallemant— el que lleva a Justo a argumentar brillantemente contra este paradigma cuando precisamente Enrico Ferri, en su célebre conferencia de 1908 en Buenos Aires, la vuelve contra el Partido Socialista. La política ha enriquecido y problematizado el socialismo objetivista y evolucionista de Justo, pero esta es una dimensión ausente —más allá de ciertos enunciados generales— en Lallemant.

Las corresponsalías de Lallemant en *Die Neue Zeit* se fundan, sin duda, en la complicidad doctrinaria (marxista “ortodoxa”) con Kautsky a expensas del “revisionismo”. Pero esta “ortodoxia” paga el precio oneroso del elitismo y el nacionalismo

cuando busca asociar a los obreros inmigrantes alemanes con la cultura y la conciencia socialistas, en franco contraste con la imagen que construye de “los obreros italianos y españoles, que forman la gran mayoría” del proletariado de la Argentina, escasamente ilustrados y politizados. Lallemand sólo se asemeja a Kautsky en dicha identidad doctrinaria; en verdad, no se ajusta a la figura de un marxista clásico: responde más a la imagen de un “sabio” al estilo decimonónico que a la de un político socialista del nuevo siglo. Es acaso, como Kautsky, un teórico marxista, pero con la diferencia crucial de que el autor de *La cuestión agraria* es el tutor doctrinario de un partido político de masas (el Partido Socialdemócrata Alemán), mientras Lallemand —salvo el breve lapso de colaboración con los socialistas argentinos— es un marxista sin sujeto. Tanto más lejos se situaba de la política, tanto más patente se hacía su socialismo objetivista. Un sabio devenido socialista, un alemán en un país periférico, un marxista sin proletariado, un Kautsky sin partido.

¿Era, pues, inevitable su ulterior distanciamiento del socialismo argentino? En modo alguno: de estar animado por una voluntad política, pudo jugar su enorme prestigio político-intelectual ocupando, acaso, un lugar de maestro, como Engels lo fue respecto de Kautsky, Bernstein y tantos otros, cuestionando lo que entendía eran las flaquezas de los jóvenes, pero también orientándolos, aconsejándolos y promovéndolos. Pudo transformar su autoridad intelectual y moral en autoridad política, como lo hizo Justo. E incluso poner su prestigio político-intelectual al servicio de una línea interna anti-revisionista, al estilo de un Kautsky.

Pero esto implicaba, sin duda, su instalación en Buenos Aires, lanzándose de lleno al único terreno que no había rastreado este explorador consumado: el de la política. Su recolocación implicaba una (auto)transformación que Lallemand no supo o no pudo hacer. Es así que aquel sabio germano-argentino de carácter intempestivo, hosco y solitario como un Robinson en su San Luis adoptiva, escogió en cambio el camino de la “crítica científica”, severa, inexorable... Es así que luego de colaborar en los primeros dos años de la experiencia de *La Vanguardia* y de aceptar su candidatura socialista a diputado, se automarginaba de los que iban a poner en movimiento al

Partido Socialista argentino aquel hombre notable que había dado lo mejor de sí para nutrir de una doctrina emancipatoria al naciente proletariado argentino.

Referencias bibliográficas

- Andreucci, Franco (1980), “La difusión y vulgarización del marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 3.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bauer, Alfredo (1989), *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert/Legasa. Introducción de Emilio Corbière.
- Chávez, Fermín (1993), “Un marxista alemán en San Luis”, en *Todo es Historia* n° 310, mayo de 1993.
- Díaz, Hernán (1997), “Germán Avé Lallemand y los orígenes del socialismo argentino”, en *En defensa del marxismo* n° 17, Buenos Aires, Julio de 1997.
- Ferrari, Roberto A. (1993), *Germán Avé-Lallemand. Introducción a la obra científica y técnica de Germán Avé Lallemand (c. 1869-1910)*, San Luis, Instituto Científico y Cultural “El Diario”.
- García Costa, Víctor O. (1985), “Introducción” a: *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Haupt, Georges (1979), “Marx y marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 2.
- Hobsbawm, Eric (1983) [1974], “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en *Marxismo e historia social*, Puebla, UAP.
- Ingegnieros, José (c. 1927), “¿Qué es el socialismo?”, Buenos Aires, 1895. Citamos de la 2° ed: Buenos Aires, Los Pensadores, s/f.
- Klima, Jan (1974), “La Asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Ibero-Americana Pragensia*, a. VIII, Praga.
- Kühn, Augusto (1916), “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en *Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires*, n° 1-6, Buenos Aires.
- Labastíe de Reinhardt, María Rosa (1975), “Una polémica poco conocida. Germán Avé Lallemand-José Ingenieros (1895-1896)”, en *Nuestra Historia* n° 14, Buenos Aires, abril de 1975.
- Lallemand, Germán-Avé (1888), *Memoria descriptiva de San Luis. Presentada al Concurso de la Exposición Conti-*

mental de 1882, San Luis, Imprenta de "El Destino", 1888.

——— *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (1974), Buenos Aires, Testimonios, sel. de textos de L. Paso.

- Löwy, Michael (1996), "La dialectique marxiste du progrès et l'enjeu actuel des mouvements sociaux", en *Congrès Marx International. Cent ans de marxisme. Bilan Critique et prospectives*, Paris, Actuel Marx Confrontation/PUF.
- Marx, Carlos (1847), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Signos, 1970.
- (1867, 1885, 1894), *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1946), México, FCE, 3 vols.
- (c. 1877), "Carta a la redacción de *Otiéchestvienné Zapiski*", en Marx/Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, México, PyP, 1980.
- Mondolfo, Rodolfo (1915), *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires, Raigal, 1956.
- Paso, Leonardo (1974), Introducción a: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Testimonios.
- Ratzer, José (1970), *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.
- Salvadori, Massimo (1978), "Kautsky entre ortodoxia y revisionismo", en Hobsbawm y otros (eds.), *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 4, 1980.
- Shanin, Teodor (ed.) (1984), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.
- Tarcus, Horacio (2000), "¿Es el marxismo una Filosofía de la Historia? Marx, la teoría del progreso y la 'cuestión rusa'", en *Realidad Económica*, n° 174, Buenos Aires, agosto/setiembre 2000.
- Terán, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE.
- Thompson, E. P. (1978), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, LAIA, 1981, 3 vols.

- 1 El tema no está agotado. Un rastreo exhaustivo de los cientos de artículos de Lallemant dispersos en una docena de publicaciones periódicas, especialmente el *Vorwärts*, quizás permita hallar referencias del propio autor a su autobiografía político-intelectual. Se ha señalado reiteradamente que Lallemant mantuvo correspondencia con Engels y con Kautsky. Hasta el presente no se ha hallado ninguna de sus cartas en los archivos europeos que albergan los Fondos de estas dos figuras, cartas que, de existir, sin duda arrojarían nueva luz sobre la recepción del marxismo por Lallemant.
- 2 "Aus der Pampa" en *La Plata Monatschrift*, 1873, transcrito y traducido en: Ferrari, 1993: 110-111
- 3 Por citar los primeros hitos de este debate: *El Capital Financiero* de R. Hilferding apareció en Viena en 1910, *La acumulación del capital* de R. Luxemburg es de 1913 y el clásico folleto de Lenin, "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", de 1915.
- 4 Cuando en abril de 1894 tres agrupamientos socialistas — *Les Egaux*, *Fascio del Laboratori* y la Agrupación Socialista— constituyen el Partido Socialista Obrero Internacional, el *Verein Vorwärts* se abstiene de participar. Pocos meses después, pidió su adhesión.

Publicaciones periódicas

- *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* (Buenos Aires, 1886-1901). Varios directores sucesivos. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.
- *El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria. Órgano de la Federación Obrera* (Buenos Aires, 1890-1892). Dir.: Germán Avé-Lallemant, luego a cargo de Augusto Kühn. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.

Campeones del proletariado.

**El periódico
El Obrero
y los comienzos
del socialismo
en la Argentina**

Ricardo H. Martínez Mazzola



Frans Masserel

El periódico *El Obrero* y las posiciones y discursos que desde él se sostenían, en particular los de una figura como la de Germán Avé-Lallemant, han recibido más atención a fines de los años sesenta y principios de los setenta que en los años recientes. Las interpretaciones al respecto no surgieron desde el campo historiográfico sino desde el político, proviniendo de militantes que apelaron al antecedente del grupo de *El Obrero* para fundar sus posiciones en las luchas políticas de la hora.

El trabajo que con más detalle se ha concentrado en el discurso y las posiciones políticas sostenidas desde *El Obrero*, es sin duda el de Ratzer (1969), quien reconstruye las posiciones “revolucionarias marxistas” del grupo nucleado en torno a Lallemant, a los que denomina “marxistas argentinos del ‘90”, para contraponerlas con las “reformistas” que caracterizarían posteriormente al Partido Socialista conducido por Juan B. Justo.¹

Entre los trabajos más importantes se encuentra también el estudio inicial con que Leonardo Paso acompaña una compilación de artículos de Lallemant, publicado en 1974, en el que este autor, vinculado a las posiciones del Partido Comunista, destacaba el componente anti-imperialista, el detallado análisis de las fuerzas sociales y de la realidad nacional, así como la preocupación por la situación de los trabajadores rurales, del pensamiento del alemán.² En sus trabajos acerca de la historia de los partidos políticos, Paso (1983 y 1988) vuelve sobre las posiciones de *El Obrero* analizando las iniciativas que, desde el periódico y al interior de la Federación, se daban para constituir un partido político. Al respecto, rechaza (1983: 377) la afirmación de Ratzer que vincularía la fundación del Partido Socialista con una polémica entre sectores revolucionarios y reformistas, mostrando el papel que en dicha fundación tuvieron tanto Justo como Lallemant o Kühn.

En cambio, en el conjunto de los trabajos que en los últimos años tratan acerca del desarrollo de las ideas y organizaciones socialistas en la Argentina, las referencias al periódico *El Obrero*³ ocupan un lugar secundario, que contrasta con el creciente interés en la historia y las organizaciones de izquierda. Esto se debe a que los trabajos que se han ocupado de los orígenes del Partido Socialista, alejándose de la mirada fuertemente

negativa con la que se había caracterizado la política socialista desde el pensamiento de la izquierda nacional y la izquierda revolucionaria, se han concentrado en el período posterior a la organización del partido y en las ideas de Juan B. Justo. De todos modos, estos trabajos, aunque no hacen del período previo su tema principal, al acentuar la radicalidad de la ruptura planteada por Justo delimitan otra lectura, más crítica, del período anterior.

Esta lectura crítica es explícita en el trabajo señero en esta tarea de recuperación del pensamiento de Justo, “La hipótesis de Justo”, en donde José Aricó (1999: 41), continuando con su esfuerzo de reconstrucción de los avatares de la recepción e interpretación de las ideas marxistas en América Latina, subraya que la mayoría de los marxistas en Latinoamérica fueron incapaces de ver las cada vez más difíciles relaciones entre la “perspectiva palingenética” y la práctica de un partido de masas. El marxismo fue adoptado como una ideología del desarrollo en el marco de una insuprimible lucha de clases en la que los socialistas eran el partido del progreso. En este juicio Aricó abarca aún a “socialistas lúcidos” como Lallemant, quien, aunque consciente de las dificultades para la acción socialista en el subcontinente, habría sido incapaz de plantear propuestas que vincularan socialismo y democracia, por lo que habría confiado la realización del socialismo a una futura resolución en manos de las fuerzas de la historia.⁴

Del conjunto de trabajos que, siguiendo en parte las ideas de Aricó, analizan diferentes aspectos del pensamiento de Justo destacaremos dos que explícitamente subrayan la diferencia con las posiciones del grupo de *El Obrero*. El primero de ellos es el de Juan Carlos Portantiero (1999: 17-18), para quien la inclusión de Justo marca un punto de viraje en la historia del movimiento socialista argentino en lo referente a dos cuestiones: por un lado “su presencia abrió las puertas para la incorporación de una camada importante de jóvenes de origen nativo”; por el otro, Justo, que no era estrictamente marxista, desplazó al grupo marxista ortodoxo, el grupo de Lallemant y *El Obrero*, de la dirección del movimiento socialista al que intentó impulsar en una dirección más pragmática. El segundo trabajo es el de Geli y Prislei (1993), donde, a la lectura de Lallemant

que valora a la Unión Cívica Radical como una fuerza que debe realizar la “revolución burguesa” reencauzando el proceso de modernización frenado por la “oligarquía caudillera”, se contraponen la mirada de Justo, quien temía la ausencia de una etapa burguesa clásica, que se explicaría por la eficacia de la manipulación deformante del poder político sobre las desorganizadas fuerzas burguesas y democráticas; frente a esta situación, Justo consideraba que la única fuerza que podía tomar en sus manos las tareas democráticas y transformadoras era el propio Partido Socialista, el que para ello debía transformarla en eje de una alianza de clases.

Si bien estos trabajos permiten hablar de una profunda cisura entre las líneas maestras de la política del Partido Socialista con respecto a las sostenidas previamente por el grupo de *El Obrero*, ellos no avanzan en el análisis de las posiciones políticas específicas sostenidas por este grupo, sus transformaciones y sus conflictos internos. Este análisis tampoco ha sido emprendido, a pesar de la mayor atención prestada al grupo, por Ratzer, Paso o García Costa, a los que, la centralidad de los imperativos políticos de la hora, habría llevado a dos limitaciones (en ambos casos, una excepción parcial la encontramos en Paso): en primer lugar, a colocar en un segundo plano las tensiones internas y las transformaciones en el tiempo dando al discurso sostenido desde el periódico una unidad y permanencia inexistente; y en segundo lugar, a una anacrónica identificación de la propia tradición con el marxismo mismo, desatendiendo la complejidad de los debates del movimiento socialista internacional y su fundamental influencia en las posiciones adoptadas por los socialistas en nuestro país.

En este trabajo nos proponemos avanzar en el análisis de algunas de las líneas políticas fundamentales sostenidas desde *El Obrero*: su concepción de las tendencias del desarrollo capitalista, de las clases sociales y de la acción política, teniendo en cuenta sus modificaciones en el tiempo y la influencia de los debates del movimiento socialista internacional. Nos proponemos también, partiendo de estas transformaciones en la estrategia política, avanzar en la reconstrucción del proceso que tendría como resultado la división del periódico y el surgimiento de los “her-

manos-enemigos”: *El Obrero* (segunda época) y *El Socialista*.

***El Obrero* y la difusión del socialismo científico**

Aunque *El Obrero* no es el primer periódico socialista de nuestro país⁵, su publicación constituye un hito fundamental en la historia de esta tendencia, en primer lugar por el carácter institucional del mismo, que no era órgano de una sociedad de resistencia o de un club, sino de la naciente Federación Obrera⁶ que se había propuesto nuclear tanto a sociedades de resistencia como, en la “Sección Varia”, a militantes socialistas. Este carácter ambiguo de la Federación se potenciaría en el periódico, a la vez órgano de la Federación y tribuna política de los socialistas. Esta segunda dimensión se impondría, haciendo de *El Obrero*, junto con la “Sección Varia”, uno de los principales núcleos desde donde impulsar la construcción de un Partido Socialista.

El segundo motivo por el cual la publicación de *El Obrero* constituye un hito fundamental en la historia del socialismo en la Argentina, es su adhesión explícita al “socialismo científico” —es decir, a una concepción marxista del socialismo— cuyas categorías intentó emplear para analizar la situación social y política local. Desde su primer número, los redactores de *El Obrero* se embarcaron en un esfuerzo orientado a exponer y difundir los postulados teóricos marxistas. Así, ya en el artículo que inaugura este número inicial, titulado “Nuestro Programa”, se sostiene:

“Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase que, inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son la concepción materialista de la historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía (sic) —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente” (*EO*, 12/12/1890).

En este párrafo encontramos algunas de las cuestiones fundamentales en las que se centrará la tarea propagandística de *El Obrero*: la concepción materialista de la historia, el vínculo del proletariado con otras clases y la necesidad de la acción política; en cambio, no será un componente central de su prédica —tal vez por lo “abstracto” del tema— “la dilucidación del misterio capitalista a través de la superválía”. Con respecto a la primera cuestión, es también en el número inicial que encontramos el artículo “La crisis económica y Financiera”, en el cual, partiendo de la noción de que “las condiciones de la vida material son las que dominan al hombre, y (...) determinarán siempre las costumbres, las instituciones sociales, económicas, políticas, jurídicas, etc.”, se deduce la Revolución del '90 y la evolución futura de la política local de la situación económica y, más en particular, financiera.

A la certeza de poseer el instrumento preciso de interpretación de la realidad, se aunaba la confianza en las tendencias que se leían en dicha realidad; así, dirigiéndose a los compañeros que desesperaban de la proximidad del cambio revolucionario, el periódico sostenía:

“Y sin embargo, si observamos atentamente el desastroso rumbo que está tomando el mundo capitalista de hoy, la tremenda concentración acelerada que experimenta el capital en manos de unos pocos individuos, la generalización de la miseria en masas del pueblo trabajador, el crecimiento continuo del ejército de reserva del trabajo, la ruina de los Estados, gracias a las deudas públicas, la rapidez con que las crisis industriales y comerciales se siguen una tras otra, siempre en intervalos más cortos y de intensidad más pronunciada, entonces no puede haber duda de que pocos, muy pocos años nos separan de la gran revolución social... La próxima transformación inevitable de los ejércitos permanentes en milicias armadas, va a ser seguramente el primer paso de la caída del sistema capitalista, y esta transformación está en la atmósfera, tiene que ser un hecho dentro de muy poco con absoluta necesidad fatalista” (*EO*, 17/1/1891).

El carácter determinado de las tendencias históricas, del proceso de desarrollo “al que no lo ataja, no lo paraliza nadies (sic)”,⁷ colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con res-

pecto al resto de las clases sociales, en particular de la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaría a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.⁸

La crisis del '90. Hacendados, caudillos y gran capital

En el artículo-manifiesto que abría el primer número del periódico, se planteaba que en la Argentina había predominado desde su origen “el régimen del caudillaje”, sistema que se apoyaba en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, las que, abolidas de derecho, permanecían sin embargo en las zonas menos “civilizadas” (en cursiva en el original) en las que no tenía peso el elemento extranjero. La referencia al elemento extranjero no era solamente —ni centralmente— a la población sino al capital, el que, en búsqueda de nuevos mercados, estaba llevando adelante la obra civilizatoria, que implicaba tanto organizar la producción de acuerdo a las leyes capitalistas como realizar “en el orden social las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo de la libre competencia o concurrencia”. Este capital inicialmente habría utilizado a la “oligarquía del caudillismo” para ingresar al país, pero cuando ésta última abusó del poder del Estado, violando las leyes de la competencia y de la sociedad democrática burguesa a través del “Unicato”, debió declararle la guerra. Así, la Bolsa, se argumentaba, se enfrentó al “gobierno caudillero” y “siguiendo la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa”. La llamada hoy Revolución del '90, es vista así como “la revolución de la burguesía argentina por excelencia” y, aunque se plantea que el caudillismo se habría recuperado con Pellegrini, se confía en su pronta rendición. El elemento central de este artículo programático está dado por el supuesto de la necesaria correspondencia entre fuerzas sociales y régimen político, entre predominio de la producción capitalista y realización del régimen democrático liberal. El capital, que es visto como la

fuerza modernizadora en la estructura económica y social, es también la fuerza que impulsa, a través de la Unión Cívica, la democratización política: el “régimen burgués puro” es así saludado, ya que en él están los gérmenes “de la futura sociedad comunista”.

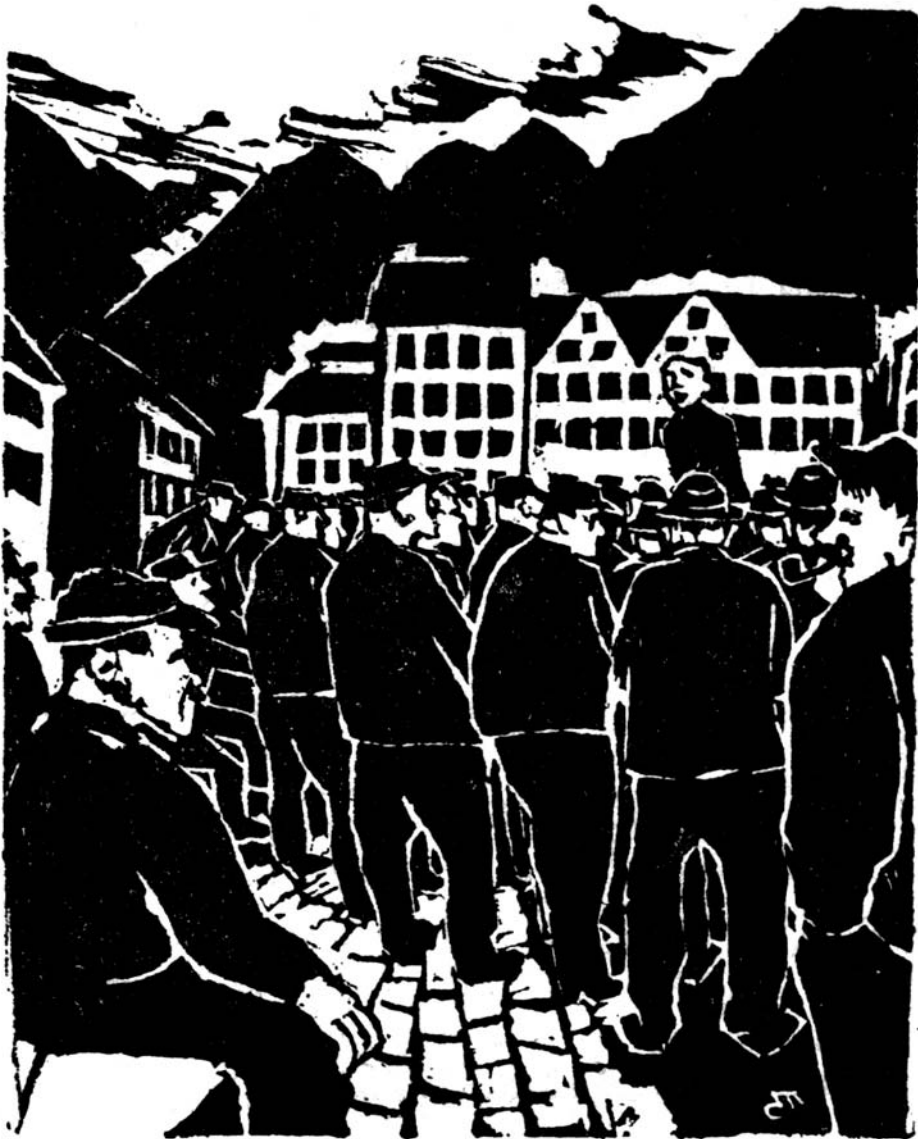
En el mismo número inicial encontramos un artículo titulado “La crisis económica y financiera”, en el que se explica el alzamiento de la Unión Cívica como un movimiento de la pequeña burguesía frente a la bancarrota desatada por el caudillaje. La caracterización de la pequeña burguesía y de la fuerza que, se considera, la representa, es menos halagüeña, pero más explícita con respecto al vínculo con el capital extranjero. La pequeña burguesía habría apoyado esperanzada las ilusiones del progreso patrio proclamadas por el caudillismo hasta que, al ver amenazada su posición, habría recordado a “la patria en peligro” y los valores de justicia y libertad. Es así que esta clase, incapaz de ver sus intereses, levanta las banderas cívicas, que son las de la “República democrática burguesa”; creyendo salvar la patria acabará con el caudillismo, pero no impedirá la ejecución por parte de los acreedores que establecerán “un sindicato ejecutivo para la administración de la hacienda pública, exactamente como los mismos capitalistas europeos lo hicieron en Egipto”. La planteada semejanza con la intervención británica en Egipto es retomada en una nota en la “Revista del Interior” donde, más allá del carácter irónico de la comparación, se percibe una apuesta por la simplificación y la progresiva transparencia de la dominación⁹, que hace preferir un gobierno de clase frente a “los intermediarios ladrones” del caudillismo.¹⁰

La explicación más detallada de la estructura social argentina se encuentra en la serie de artículos titulada “Los elementos de la producción en la República Argentina”, que fue publicada en *El Obrero* entre enero y marzo de 1891. En ella, luego de exponer los conceptos fundamentales del análisis marxista de la estructura del capitalismo, y explicar los principios de la división internacional del trabajo que fundan la imposibilidad del desarrollo industrial de países como la Argentina, se realiza una descripción más detallada de la estructura social local. La fertilidad del suelo, se sostiene, es casi la única ventaja del país y es en

base a ella que debe orientarse el trabajo productivo; el problema es que esa ventaja, que no es natural sino resultado del trabajo social de generaciones, es apropiada por la clase de los terratenientes, los que, empleando la fuerza pública, se han apropiado del uso del suelo. A continuación se analizan las características “retrógradas” de la clase de los estancieros, se distinguen las difíciles relaciones que establecen con los puesteros y los peones, y se identifica a la clase de los colonos y labriegos con la pequeña burguesía, con la que compartiría las ilusiones con respecto a las posibilidades de la pequeña propiedad y la posibilidad de apelar al Estado en su defensa. Frente a ello, el pronóstico es claro: “semejante régimen industrial agrícola supone la división de la tierra y el fraccionamiento de los demás medios de producción; supone pues un grado de desarrollo imperfecto de la producción capitalista siendo sólo compatible con un estado restringido y mezquino de la producción y la sociedad.”. La pequeña producción es incapaz de competir con “el régimen capitalista de los cultivos en grande escala” que se va imponiendo a nivel internacional; por ello, se sostiene, “el sistema de explotación de nuestra pequeña agricultura, apenas nacido, ya está condenado a ser, y será en efecto muy luego, aniquilado. La diminuta propiedad de los colonos y chacareros será convertida en propiedad colosal capitalista, por medio de la dolorosa y terrible explotación del pueblo trabajador”. La concentración capitalista en la agricultura que, siguiendo la ortodoxia de la Internacional, se suponía inevitable, daba por resultado la simplificación social. Así, se afirmaba:

“Los miembros de la clase de los pequeños agricultores serán entonces naturalmente echados a los rangos del proletariado y arruinados completamente. Esta ruina ha principiado a realizarse ya, e irá consumiéndose rápidamente... O el elemento extranjero se sobrepone y reforma el país o la ejecución de los banqueros europeos cambiará radicalmente las condiciones económicas del país. De la manera retrógrada como hoy se lleva adelante el proceso de producción no podemos continuar” (21/2/1891).

Aunque la prognosis parece plantear una alternativa, un pequeño lugar para la acción política encarnada por los extranjeros, la probabilidad y



Clement Moreau

las fuerzas de la historia vuelven a estar puestas en el papel del gran capital extranjero, el que de todos modos acabará con las formas retrógradas de la producción. La confianza en el papel progresivo del capital internacional, el que realizará el “régimen burgués puro”, reaparece en un artículo publicado en el nº 13:

“La clase burguesa se haya dividida aquí en Buenos Aires como ya hemos dicho varias veces, en la clase alta *high-life* de los grandes estancieros, gran hacendados, que gobiernan el país en absoluto desde la independencia por medio del caudillaje, de la pequeña burguesía, cuyos miembros son honrados por los de la clase alta con el sobrenombre de *los compadritos*, y en los partidarios del *capital internacional*, especialmente europeo” (EO, 21/3/1891).

La crisis económica en curso es interpretada como “una verdadera revolución económica y social, que ha de ser muy benéfica al país”; en ella, el papel fundamental lo tiene el capital internacional “en cuya dependencia de facto nos hallamos desde el primer empréstito contraído, y a la cual se ve arrastrada la pequeña burguesía”. Se establece así una lucha entre el capital internacional y la pequeña burguesía por un lado, y el caudillaje político, instrumento de los terratenientes, por otro, lucha que, se confía, dará el triunfo a los primeros, instalando el “régimen burgués puro”, que los intereses del capitalismo exigen. Es frente a esta sociedad burguesa que dará la lucha el proletariado.

La presión del capital internacional, sostiene el nº 24 de *El Obrero* (8/6/1891), sometía a los gobiernos aliados a los grandes hacendados —a los que, apelando al término acuñado en París, se denominaba “*rastaquouères*”— a difíciles dilemas, como el que introdujo el proyecto presentado por el diputado Morena proponiendo gravar las haciendas. Los ingresos públicos, se sostiene, se basaban en el sistema de contribuciones directas que liberaba a los grandes hacendados, recargando a la clase media y proletaria. Se explicaba que “*rastaquouères*” como Pellegrini, Roca y López, mantendrían con gusto la política impositiva sobre este sostén, pero “los que ya nada tenían nada o muy poco tienen no pueden pagar, aunque les azoten, y los capitalistas ingleses insisten con el pago de la deuda. Qué dilema! El

proyecto Morena es la manzana de la discordia tirada a la clase *high life*, y es el principio de la guerra civil que no tardará mucho en estallar.” Volvemos a encontrar aquí cierto papel progresivo de los capitales extranjeros los que, para poder cobrar, necesitan del establecimiento de un sistema más “racional” de impuestos y que, para obtenerlo, entablan la lucha con los hacendados.

El papel de la pequeña burguesía y la Unión Cívica Radical

Hemos visto que en las intervenciones del primer número de *El Obrero* la Revolución del '90 es presentada como una revolución burguesa. El motor de la misma sería la tendencia expansiva del gran capital obstaculizado por los gobiernos caudillistas asociados a los grandes hacendados. En esta lucha considerada necesaria y progresiva, la pequeña burguesía habría puesto “las manos y la sangre”: movida por la situación económica y no por banderas de democracia, libertad y justicia, este sector social se había sublevado y creado a su campeón, la Unión Cívica, a la que cubrió con velos ideales. De todos modos, la caracterización no es del todo negativa: la Unión Cívica no realiza “la” justicia social o “la” revolución social, pero a través de “su” revolución, favorece el establecimiento del imperio del capital y del “régimen puro de la sociedad burguesa”, condición necesaria para el futuro triunfo proletario.

Pero la mirada se hizo más negativa al hacerse pública la postulación de Mitre como candidato de la Unión Cívica para las elecciones presidenciales de 1892. La pequeña burguesía no habría cumplido el papel de destruir “el caudillaje unido en el *rastaquouèrismo* político”, y se habría dejado “embaucar y ahorcar sin resistencia alguna”. La Unión Cívica habría defraudado la expectativa de realizar la revolución burguesa, pasando a representar a los terratenientes en forma más directa aún que el roquismo, al que se liga con la intermediación política.

Así, las primeras expectativas positivas con respecto a la posibilidad de una revolución pequeño-burguesa encabezada por la Unión Cívica fueron reemplazadas por duras críticas, y luego por cierto desinterés con respecto a dicho sector. En un artículo publicado en el nº 4, titulado “La industria nacional”, se explica que la pequeña bur-

guesía, a la que se identifica con “la clase media”, es el lacayo de los grandes hacendados. La existencia de la pequeña burguesía es “la piedra angular sobre la que descansa el edificio del estado burgués moderno”. El optimismo se basa en las tendencias históricas que marcarían la condena de esta clase media, llevando a la polarización social, las que no pueden ser percibidas por la pequeña burguesía, que confía en salvarse con soluciones mágicas, como la de “levantar la industria nacional”.

Estas críticas centradas en las ilusiones de la pequeña burguesía disminuyen en mayo de 1891, momento en que se hacen más explícitas las tensiones dentro de la Unión Cívica, y desde *El Obrero* se depositan mayores esperanzas en el papel revolucionario del ala “radical”. Así, encontramos un análisis de esa “interna” en el que se contraponen a la figura de Mitre —al que se asocia con la clase de los hacendados *high life*— con las de Alem y Del Valle —quienes, se destaca, son empujados “por sus clientes, la pequeña burguesía, a quienes la crisis va llevando sus capitalitos y el hambre corriendo sobre los talones”, a oponerse a “los ladrones”— (16/5/1891). Esta línea es acentuada en el número siguiente del periódico, donde se comenta un manifiesto de Alem que declara “que en ningún caso aceptará proposiciones que habiliten a los *representantes del oficialismo* para continuar en punto alguno de la república ‘el funesto régimen que hemos combatido y seguiremos combatiendo’” (24/5/1891); ante ello, la posición de *El Obrero* es elogiosa, se aplaude el proceder de Alem y se caracteriza a la Unión Cívica como un partido democrático que, por lo tanto, “no puede pactar con Roca ni tampoco con Mitre”.

A mediados de julio, siendo ya clara y pública la división de la Unión Cívica y el surgimiento de la Unión Cívica Radical, el articulista no oculta su satisfacción: “Se separaron en fin definitivamente de la U.C. los sostenedores y clientes de la clase de los grandes hacendados y del caudillaje, bajo la bandera de Mitre-Roca. Los demócratas bajo Alem, quedaron los fumados.” En esta ocasión el engaño no aparece como destino ineludible de la pequeña burguesía, sino como posibilidad de un aprendizaje, preguntándose si “¿al fin habrá aprendido algo la pequeña burguesía en esta campaña vergonzosa? ¿O hallará otro traidor co-

mo Mitre otra vez?”. Esta duda reaparece al comentar el fracaso del pacto entre Mitre y Roca:

“Pero no nos entreguemos a ilusiones sobre el partido radical de la Unión Cívica tampoco. Los discursos de sus prohombres y el contenido de sus diarios (véase sobre todo un desencantador artículo del Dr. Irigoyen en *El Argentino*) revelan incontestablemente que la U.C. sigue navegando como siempre en las aguas de la pequeña burguesía, sin darse cuenta de lo que alrededor de ella pasa. Los discursos y contemplaciones publicados en ocasión de la celebración de la revolución del Parque el 26 de Julio, revelan como los compadritos no son capaces de criticar, ni de avalorar en toda su magnitud histórica los acontecimientos políticos y económicos contemporáneos, y que inconscientemente se dejan llevar por las circunstancias como la caña por el viento, y siempre con las miradas de respecto (sic) humilde hacia la clase de los grandes hacendados y con el aire de odio menospreciativo para con las masas del pueblo trabajador. El Compadrito nunca aprende algo, pero sin saberlo está obrando obedientemente bajo el impulso de la tendencia histórica, que está empujando el mundo entero hacia la instalación de la Sociedad comunista irreversiblemente” (*EO*, 8/8/1891).

En el fragmento aparece claramente expresada la ambigüedad de la visión, no sólo sobre el radicalismo y dirigentes como Bernardo de Irigoyen, sino también sobre la pequeña burguesía, con respecto a la cual se insiste en su “inconsciencia”.

Si las críticas a la Unión Cívica habían disminuido al anunciarse la escisión de los “radicales” —en cuyo papel revolucionario, que acabaría con el caudillismo y los intereses de los terratenientes, se depositaban ciertas esperanzas—, la disipación de esas ilusiones llevaría en un inicio a una caracterización más negativa del radicalismo¹¹, y luego a cierto desinterés por el papel de esta fuerza. Las referencias al rol del radicalismo prácticamente desaparecen en los últimos números de *El Obrero*, en los que el análisis se plantea más directamente en términos de conflictos entre “Agrarios y Bolsistas-Financistas”¹², conflicto que, además de aparecer como confrontación directa entre fuerzas sociales sin referencias a su media-

ción política, se desdibuja el papel de la pequeña burguesía con la que se identifica al radicalismo.

Pequeños burgueses y proletarios

Esta transformación en la mirada acerca del radicalismo y la pequeña burguesía se vincula también con la adopción de una versión más estricta de la teoría de la simplificación social como condición de la revolución, que acentuaba la distancia entre el proletariado y la clase de los pequeños propietarios. Estas posiciones coincidían con el programa que la Socialdemocracia alemana (SPD), el partido faro del movimiento socialista internacional, había adoptado en el Congreso que, en el mes de octubre de 1891, había tenido lugar en Erfurt. El programa tendría gran influencia en el movimiento socialista internacional, y su carácter “modélico” se haría sentir fuertemente en el grupo editor de *El Obrero*, formado fundamentalmente por emigrados alemanes.¹³

El programa fue rápidamente traducido y publicado en *El Obrero* (12/12/1891), a menos de dos meses de haber sido aprobado, pero aún antes de esto las posiciones en él adoptadas fueron recogidas en el periódico en dos artículos que acentuaban la distancia entre el proletariado y el resto de las fuerzas sociales. En el primero de ellos, titulado “Pueblo y proletariado” (28/11/1891), se explica que la idea de “pueblo” dejó de tener importancia con la caída del absolutismo que dividía la sociedad entre pueblo y gobierno. “Pueblo”, se afirma, pasó a ser una apelación de “los políticastros burgueses”, un concepto sin sentido ya que reúne a varias clases con intereses antagónicos. Si los Socialistas apelan al “pueblo”, explicaba el artículo, lo hacen en reemplazo del proletariado comprendiendo por tal al “trabajador asalariado de la época capitalista”. El proletariado es sólo una parte del pueblo y, se reconocía, una minoría de la población que, aunque creciente, aún estaba lejos de ser mayoritaria, ya que muchos de los pequeños burgueses y labradores no caían en el proletariado sino que pasaban a ser “buhoneros y pulperos” —aún pequeño-burgueses—, o caían en el “atorrantismo”, calificación autóctona para el lumpenproletariado. La importancia del proletariado —se resaltaba con argumentos que seguían casi textualmente lo afirmado en Erfurt—, no venía de su número sino

de su carácter absolutamente indispensable, y la conciencia de esa “indispensabilidad” era la que inspiraba al proletariado su energía, su valor, “la persuasión de que en él se encarnan las grandes aspiraciones y elevados propósitos de la humanidad entera”, y la certeza de que en su lucha es absolutamente invencible.

En el número siguiente, *El Obrero* continuaba estas reflexiones con un artículo titulado “Democracia y Proletariado” en el que se afirmaba que las instituciones democráticas suponían “un robustecimiento de todo el pueblo, no solamente del proletariado, sino también de sus enemigos y opositores”. Si bien estas instituciones permitían emprender la lucha donde antes era necesario sufrir pasivamente, ellas no llevaban por sí solas al triunfo. Éste, se afirmaba, era favorecido por la división de los burgueses que luchaban entre sí, y por el “carácter ambiguo de la pequeña burguesía”, la que, según las condiciones momentáneas de la lucha “tan pronto se conduce de burgués, como se enfila al ejército proletario”. Esta clase, se afirmaba, suele ser políticamente decisiva y eliminar muchos obstáculos del camino del proletariado pero, se advertía, constituye un elemento inseguro y sólo el proletariado consciente de su misión y el partido revolucionario podían conquistar el triunfo.

La confianza en las tendencias históricas y en la proximidad de la revolución llevaban a rechazar la necesidad de una alianza con la pequeña burguesía para realizar una revolución democrática. Estas ideas fueron puestas de manifiesto en un artículo publicado a principios de enero de 1892 en el que, tratando de la constitución del “Partido Reformista”, se declaraba simpatía y a la vez se criticaba lo limitado de su horizonte. Frente al carácter “nacionalista” de este programa se contrastaba la posición de “los Socialistas (quienes) fundamos nuestra esperanza para la realización de nuestras aspiraciones en la República Argentina, sobre todo en el giro que tomarán las cuestiones económicas y políticas en Alemania, Francia e Inglaterra. Allí se halla el centro del mundo civilizado, y es allí donde se juega la suerte de la humanidad entera”. Los procesos que allí se desarrollan, se explicaba, hacen que la “gran cuestión” que ocupa a la humanidad ya no sea la “cuestión democrática” sino la “cuestión social”. Así, la pequeña burguesía que siente ardores por

la resolución de la cuestión democrática llega tarde ya que “antes que el partido reformista haya logrado constituirse en partido fuerte y poderoso, la revolución social en Europa habrá barrido a la burguesía capitalista de la faz de la tierra, con todas sus miserias, y sus democráticas hipocresías, también a la burguesía argentina, a la gran capitalista como a la de los compadritos”. Observamos aquí un importante cambio con respecto al etapismo preponderante en los primeros artículos: la inminencia de la revolución socialista en Europa torna anacrónica la realización de la revolución burguesa que resolvería la cuestión democrática. Los desajustes temporales del modo de producción capitalista permitían pensar en una revolución socialista que no pasara por la etapa de la “democracia burguesa pura”, con lo cual la importancia de la pequeña burguesía, y su principal representante, la Unión Cívica Radical, se desdibujaba. Un ejemplo de estas posiciones se encuentra en un artículo que, luego de pasar revista a los fundamentos de las tendencias que llevan a la concentración de capitales y a lo infructuoso de los esfuerzos que por oponérsele realizan el Estado o asociaciones de particulares, concluía: “No hay salvación para el pequeño burgués industrial. El cimiento económico sobre el que se funda su existencia está socavado, y el desarrollo económico lo hunde, lo arroja sin piedad a las filas del proletariado”(16/4/1892).

El artículo explicaba el motivo por el cual se proclamaba con alegría la tendencia al predominio de los grandes capitales: a través de ella se realizaba la simplificación de la sociedad, se socavaba “la piedra angular” del Estado burgués moderno, y se acercaba el día de la revolución. Sin embargo, explicaba otro artículo, aunque la concentración de capital se haya realizado en una escala avanzada “no llegó todavía al punto de hallarse la sociedad dividida definitivamente en dos clases rigurosamente alejadas y opuestas la una a la otra, a saber, en una clase de propietarios capitalistas, y en una segunda clase de expropiados proletarios” (7/5/1892). A continuación se sostenía que la presencia de otros sectores sociales “una clase agraria o de grandes hacendados privilegiados, de la pequeña industria manufacturera, de la agricultura por el sistema colonial y chacarero y de otras formas económicas y

sociales, prueban la conservación de tales restos del orden feudal.”

Desde esta perspectiva el progreso histórico se identifica absolutamente con la simplificación social que lleva a la sociedad burguesa en estado puro; de hecho, se continúa exponiendo, serían las propias clases dominantes las que, “obedeciendo a sus instintos de conservación e impulsados por el temor ante la clase oprimida de los proletarios, se ven obligadas a otorgar miles de concesiones a favor de la clase media, de la pequeña burguesía, con el objeto de impedir el pronto desenlace definitivo de la guerra de clases, que tendrá lugar infaliblemente en el momento en que la clase media haya perdido su influencia preponderante en la evolución política y social”. Aunque estos esfuerzos “diplomáticos y estratégicos” de las clases dominantes nada pueden ante el “curso natural” de la evolución económica, el proletariado debe tomarlos en cuenta y recordar que tanto “el capital grande y el chico, el gran hacendado y el grande industrial, tanto como el pequeño patrón maestro de taller, son nuestros enemigos natos”. En base a estas posiciones es imposible pensar un vínculo positivo con la pequeña burguesía o los chacareros, ambos enemigos del proletariado; el artículo concluye llamando a distinguir cuál de ambos es el elemento productivo, y en base a ello emprender la acción como partido revolucionario. En sintonía con lo resuelto en el Congreso de Erfurt, las fuerzas del progreso se identifican aquí claramente con las fuerzas que despliega el capitalismo, y así con la lógica expansiva del gran capital, la que no debe ser obstaculizada por el proletariado en defensa de intereses condenados y reaccionarios como los de la pequeña burguesía.

La polémica con el Vorwärts y la división de *El Obrero*

La adopción de una versión más ortodoxamente marxista también desató tensiones al interior del movimiento socialista, en particular entre *El Obrero* y la asociación que había sido su principal impulsora: la Asociación *Vorwärts*. Así, en el nº 56 (13/2/1892), se responde al periódico de la misma, también llamado *Vorwärts* —que había calificado a los redactores de *El Obrero* como “fanáticos, utopistas y teóricos”, reclamando para sí el



Frans Masereel

calificativo de “hombres prácticos”— con una cita de Marx para quien dichos “prácticos” serían “sobresalientes en la estupidez humana”.

La polémica se acentúa en el mes de marzo, al publicarse un artículo que reivindica al “compañero Malorny”, quien estaba a cargo de las suscripciones de *El Obrero* en la provincia de Santa Fe, quien, en un artículo en el *Vorwärts*, discute con “la teoría anti-federativa” que dicho club y dicho periódico sostenían. Esta, decía el artículo de *El Obrero*, se basa en la “absurda doctrina” que defiende las “sociedades de resistencia aisladas y no socialistas que deben recomendarse aún a los obreros más estúpidos porque les traerían ventajas materiales”. Frente a ello se enfatiza la importancia de la propaganda socialista y la coordinación entre las sociedades de resistencia.

En el nº 61 (19/3/1892), *El Obrero* vuelve sobre la caracterización de lo “práctico”, asociándolo al “pequeño burgués” o “burguesito”, cuya filosofía, explica, es el individualismo y su única regla, “cínica y descarada”, el utilitarismo. El “hombre práctico” es así igualado con el “filisteo”, con el pequeño burgués que es incapaz de comprender los problemas de su época y para quien sólo existe su negocio. Esta caracterización, concluye el artículo, vale no sólo para el pequeño burgués sino “para el proletario ofuscado por las ideas de la pequeña burguesía en aquellos momentos en que posee más de lo que precisa en la vida”. Vemos así que los “hombres prácticos” con los que se identifica a los miembros del *Vorwärts* se asocian a la pequeña burguesía o a la aristocracia obrera, sectores ambos rechazados por un socialismo que cada vez más se pretende marxista y dispuesto a interpelar al cuerpo principal del proletariado.

Semanas después se sienta posición respecto a si la clase obrera debe tener o no participación política. Para hacerlo, se distingue entre la política parlamentaria, “juego de intrigas entre los partidos burgueses”, de la política propuesta por los socialistas:

“Lo que comprendemos bajo la palabra *política*, es constituirnos independientemente de los partidos burgueses, en un partido aparte, un partido socialista proletario obrero, con el propósito de defender y guardar los intereses de nuestra clase en el Estado y conquistar al

fin el poder, para poder realizar los fines enumerados en nuestro programa. Si queremos obrar en consonancia con nuestro programa, tenemos que empeñarnos en la creación de una fuerte Federación obrera de secciones gremiales con carácter socialista, y en la constitución de un partido socialista obrero” (*EO*, 16/4/1892).

El primer elemento destacado es la afirmación del espíritu de escisión de los trabajadores, la necesidad de constituir “un partido aparte”, que defendería los intereses de clase al tiempo que afrontaría la conquista del poder, de modo que la coincidencia entre las prácticas reformistas y los fines revolucionarios aparecen como no problemáticas. El segundo elemento importante estaría dado por la declaración de la necesidad de dos organizaciones: una federación gremial y un partido socialista, los que se dividirían las tareas económicas y políticas hasta el momento fusionadas en la Federación Obrera.

La polémica con el *Vorwärts* se torna virulenta en los últimos números de *El Obrero*. Así, el nº 84 (27/8/1892), presenta un duro artículo contra los anarquistas, “los peores enemigos de la clase obrera” a los que se considera “patrocinados por la prensa” que da publicidad a sus actividades, para después tener un pretexto para realizar persecuciones dirigidas fundamentalmente a los socialistas. Prensa burguesa, policía y anarquismo forman, concluye el artículo, “la sacrosanta trinidad” contra la que lucha el socialismo. En el mismo número se critica la publicidad que dan “los diarios burgueses” a las fiestas dadas en sociedades obreras, fundamentalmente de carácter étnico, entre las que se nombra al *Verein Vorwärts* junto a sociedades republicanas italianas y españolas. En éstas, la burguesía introduce a sus miembros que “gracias a los medios pecuniarios de que disponen, se apoderan de la dirección de la sociedad, o influyen de tal modo en su seno, que paulatinamente estas sociedades adoptan tendencias burguesas muy pronunciadas.” Así *El Obrero* denuncia que el *Vorwärts* y las otras sociedades habrían perdido su carácter obrero, y estarían copadas por la burguesía que, plantea el artículo, ha aprendido esa táctica de los anarquistas asociados, nuevamente, con la policía y la prensa burguesa. Frente a esta labor de “traidor envenenamiento de las sociedades obreras” por

parte del anarquismo, cuyo acabado ejemplo sería lo sucedido en el *Vorwärts*, “soi-disant socialista”, *El Obrero* declara permanecer en “la vanguardia, luchando contra el enemigo de la humanidad”.

En el nº 86 (10/9/1892) se discute con un artículo publicado en el periódico *Vorwärts* —que aconseja a la redacción de *El Obrero* “transformar las ideas a la práctica”, tachando a la misma dirección como contraria a los intereses de *El Obrero*—, ante lo cual se repite que la reivindicación de “lo práctico”, idea ligada a lo individualista y utilitario, no puede ser defendida por “individuos que escriben para un periódico que se dice socialista”, con lo que se plantea la duda de que el *Vorwärts* lo sea. Y es el final. El último número de la primera época de *El Obrero* es el nº 88, publicado el 24 de septiembre de 1892.

Federación o Partido

Cuando *El Obrero* vuelve a aparecer, el 4 de febrero de 1893, más allá de los esfuerzos por mantener la continuidad —que se manifiestan en la numeración correlativa y en el empleo de las mismas consignas—, resulta evidente que es otro periódico.¹⁴ A su cabeza está Gustavo Nohke, en cuya zapatería se encuentra la dirección del periódico, junto a Esteban Jiménez, dos de los miembros del antiguo periódico que se habían opuesto a la línea política que privilegiaba la construcción del partido sobre la continuidad de la Federación.

La continuidad de la Federación es defendida ardientemente en los pocos números del nuevo periódico y la polémica con los partidarios de construir un partido llena las páginas, dejando poco espacio para otras cuestiones. Así, entre el nº 92 y el 95, se publica un largo artículo titulado “Federación y Partido” en el que se sienta posición combatiendo “la peregrina idea de fundar un Partido cuando no hay terreno preparado”. La consideración acerca de los tiempos marca su argumentación, la Federación trabaja por conseguir, “hoy”, la mejora de las condiciones de vida del proletariado, tarea para la cual éste debe permanecer unido, de modo de llegar “mañana” al fin deseado: la emancipación del proletariado y la sociedad comunista. En el presente lo fundamental es dar unidad al proletariado, se afirma en dis-

cusión implícita con los que se alejan de la mayoría, para luego avanzar hacia la conquista del poder político. La perspectiva de esta conquista, se explica en el número siguiente, no desaparece, pero la necesidad de la lucha política no implica la necesidad inmediata del Partido, ya que mientras éste “se dedica únicamente a la lucha política, la Federación batalla tanto en el terreno económico como en el político”. El problema es que mientras que la lucha política llevada adelante por el Partido implica “afiliados conscientes instruidos, que conozcan la justicia de la causa por ellos defendida, la Federación sólo exige a sus miembros buena voluntad, deseo de mejorar sus condiciones de existencia y espíritu de solidaridad”. Aunque, se reconoce, hay “un núcleo algo respetable de obreros conscientes y decididos”, éste núcleo no cuenta con “elementos suficientes para formar un Partido”; de esta forma, la táctica no puede pasar por la separación de ese grupo de conscientes sino por la difusión de las ideas socialistas a través de la formación de sociedades de resistencia que formen una gran Federación, “la cual puede sustituir al Partido dando lugar a éste mañana”. En el presente prima la inmadurez de “la clase proletaria argentina”, situación en la que el Partido, que necesariamente debe basarse en la instrucción y la adhesión consciente, sería sólo “un grupito de individuos sin medios de acción”. En cambio, se explica, los obreros inconscientes pueden ser un elemento propicio para las sociedades de resistencia en su lucha económica ya que, aunque no tengan la conciencia de su derecho, “el instinto de conservación -que puede más en nosotros que todas las sensaciones y todos los pensamientos- les obliga a parar mientes sin quererlo en su estado social y les inclina a unirse para resistir al explotador de su fuerza de trabajo”. La intensidad de los males, plantea el artículo acentuando un determinismo que permite colocar en un segundo plano la preocupación por la conciencia y los factores ideológicos —“obra en su ser a manera de reactivo y vuelven a la vida los corazones yertos por el indiferentismo”—, la violencia de la explotación capitalista hace nacer “aún en los obreros más ignorantes” el deseo de liberarse de ella. Se da así una “educación política negativa” en base a la cual los obreros no pueden aún formar parte del Partido Socialista, pero sí de una Federación de Sociedades Gremiales.¹⁵

En el calor de la polémica los argumentos se han ido radicalizando y el artículo concluye declarando, anticipando posiciones del “sindicalismo”, que “las sociedades gremiales serán la base de la futura Sociedad Socialista”. Estas anticipaciones también se dejan sentir en la afirmación de que “la Federación con fines económicos y políticos es el más firme baluarte del proletariado en lucha por su emancipación”. Esta noción reaparece en el artículo publicado en el mismo número que, pretendiendo dar fin a la polémica se titula “Punto Final”, y que reconstruye las causas de la disolución de la Federación por parte de los miembros de la “Sección Varia”, para concluir planteando que aunque la Federación muriera “mañana se levantará con más bríos, para honra y provecho de nuestra causa, la *Unión general de los trabajadores de la República Argentina*, cuya constitución apoyaremos con todos los medios a nuestro alcance”. En esta formulación final la forma de la Federación no era planteada como un expediente momentáneo en tanto no se dieran las condiciones para constituir un partido, sino como la forma perfecta de organización que concluía siendo planteada en términos cercanos a los del “sindicalismo”.

Mientras tanto, la mayor parte de los redactores del antiguo *El Obrero*, identificados con los postulados de la socialdemocracia alemana que subrayaba la centralidad de la lucha política y la consecuente necesidad de constituir un partido socialista, comenzaron, a partir del 11 de marzo de 1892, a publicar *El Socialista*; bajo el nombre, un subtítulo aclaraba que el periódico era “Órgano del Partido Obrero” y no de la “Federación Obrera”, como manifestaban tanto el antiguo como el nuevo *El Obrero*.

El primer número de *El Socialista* comenzaba con una afirmación de continuidad con el antiguo *El Obrero* —sosteniendo “Volvemos nuevamente a la lucha”— y con una explicación de los motivos de la desaparición de ese periódico, la que era dirigida al grupo opositor: no todos los que se dicen socialistas lo son, muchos “supuestos socialistas” no habían sido solidarios adeudando importantes recursos. El artículo concluye afirmando que sólo la propaganda de las teorías del “socialismo científico” —lo que deja implícito que no la participación en asociaciones gremiales—, permitiría formar un proletariado consciente, por lo que el pe-

riódico dedicará todos sus esfuerzos a esta propaganda. Esta tarea es abordada a continuación en un artículo destinado a fundamentar la necesidad de que el proletariado argentino siga el ejemplo de los “compañeros en Francia, Alemania e Inglaterra” y se prepare para la revolución. Esta, se afirma, está muy cerca: el capitalismo está socavando sus propias posiciones, llevando al “derrumbe” del sistema. A continuación se expone en forma ortodoxa el modelo de polarización de la sociedad que, se sostiene, ha llegado a su límite. El artículo concluía, en una velada intervención con respecto a la herencia de *El Obrero*, afirmando que quienes habían leído ese periódico conocían las tendencias e ideales que se propugnaban desde *El Socialista*. La polémica reaparecía en un diálogo en el que, a través de preguntas y respuestas, se daban las razones de la escisión explicando que los miembros del “Partido Socialista Obrero” también eran favorables a la existencia de una Federación Obrera, pero que se diferenciaban del grupo que ahora publicaba *El Obrero* porque proponían “separar la agitación política por el momento en el seno de las sociedades de resistencia, dejándoles en plena autonomía y contribuir con ellos para propagar la guerra de clases”. La distinción entre organismos políticos y gremiales, con la implícita prioridad de los primeros, posición que caracteriza tanto a la socialdemocracia como a la posterior línea del Partido Socialista, era afirmada frente a posiciones que enfatizaban el papel de los organismos gremiales.

También en línea con los postulados de la socialdemocracia se discutía con la visión anarquista de la revolución, afirmando que “la evolución de las cosas aumenta el poder influyente del socialismo sobre la sociedad existente hasta poder lanzarse a la revolución con éxito seguro”. Los socialistas científicos, explicaba siguiendo formulaciones canónicas, eran más “evolucionistas” que los utópicos y conspiradores, con los que se ligaba al anarquismo, por eso serían “más revolucionarios cuando el desarrollo de las cosas, o sea la evolución, habrá llegado (sic) el momento en que la revolución nacerá de la misma evolución”.¹⁶

Esta transformación, afirmaba el manifiesto publicado el 1º de mayo de 1893 en el último número de *El Socialista*, se daba fundamentalmente por medios pacíficos:

“para eso no usaremos ni del puñal, del incendio, ni de la dinamita, solo usaremos de las armas que nos dio la civilización, la libertad de imprenta, la unión de los trabajadores, y el sufragio universal, trinidad sacrosanta, credo social que nos llevará a la conquista de las últimas posiciones burguesas. Iremos a los Municipios, trabajadores a enseñarles la moral administrativa, iremos a la legislatura a enseñarles a legislar con equidad e independencia, e iremos al Poder Ejecutivo de la Provincia y de la Nación a enseñarles como se cumplen y ejecutan las leyes hechas por el pueblo representado en las Cámaras con legalidad y orden” (ES, 1/5/1893).

En este párrafo vemos esbozado un programa de acción política reformista el cual, de la misma forma que sucedía en la socialdemocracia alemana, no se contraponía a la idea de la necesidad del momento revolucionario. Las tendencias de la evolución histórica darían el triunfo al proletariado, el cual, empleando las “armas de la civilización” iría conquistando los poderes públicos desde los que se desencadenaría la obra de regeneración social.

El manifiesto concluía afirmando “Por el Partido Socialista Obrero, la Agrupación Socialista de Buenos Aires”. Era un reconocimiento de que el partido aún no existía y que era necesario emprender su formación. Esta tarea no sería emprendida por *El Socialista*, que dejaba de salir en esa fecha, y tampoco sería criticada por *El Obrero*, cuyo último número había aparecido el día anterior. En realidad, en sus últimos números, la polémica entre ambos había callado, y las críticas se habían concentrado en las posiciones anarquistas.¹⁷ De hecho, de las reuniones para editar un nuevo periódico socialista en agosto de 1894 participarían tanto Augusto Kühn, editor de *El Socialista*, como Esteban Jiménez, uno de los principales redactores del segundo *El Obrero* así como un joven médico, quien se convertiría en la principal figura del futuro Partido Socialista: Juan B. Justo. El nuevo periódico, que se denominaría *La Vanguardia* y comenzaría a publicarse en abril de 1894, haría de la importancia de la participación política y la necesidad de constituir un Partido Socialista, dos tópicos fundamentales de propaganda.¹⁸

Conclusiones

Como vimos, la posición predominante en *El Obrero* —y después en *El Socialista*— no se distanciaba de la línea en ese momento predominante en el movimiento socialista internacional, sostenida por la socialdemocracia alemana, y en particular por su principal teórico, Karl Kautsky. En esta concepción la revolución era entendida como la coronación de tendencias evolutivas, las que eran vistas como férreas leyes, que llevaban al fin de la pequeña propiedad, a la simplificación y polarización social y, lo más importante, al crecimiento numérico, la homogeneización y organización del proletariado. Estas tendencias orientadas a convertir al proletariado en clase dominante se coronarían con el acceso, no necesariamente violento, al control del Estado y los poderes públicos, desde los que se llevaría adelante la reorganización de la sociedad. En esta perspectiva fuertemente determinista de la revolución no había lugar para una alianza con clases como la pequeña burguesía, a la que se consideraba condenada.

En el caso de *El Obrero*, estos supuestos deterministas se expresaron tanto en la asignación de un papel progresivo al gran capital extranjero, como en la idea de un necesario desarrollo del capitalismo agrario, opuesto tanto a los grandes hacendados como a los pequeños propietarios y chacareros. De esta forma —se confiaba— se daría una simplificación que acabaría con los restos feudales, entre los que se ubicaba a los terratenientes, pero también a la pequeña burguesía urbana y rural, instalándose un régimen burgués puro contra el cual el proletariado daría su lucha. En este esquema la “simpatía” hacia la Unión Cívica Radical, fuerza a la que se considera representante de la pequeña burguesía, se explica por el papel, poco consciente, de esta fuerza en el combate contra grandes hacendados y gobiernos caudillistas. Pero, como para llevar adelante este lucha la pequeña burguesía contaba con el impulso de la fuerza dinámica del gran capital extranjero en su combate con los grandes terratenientes y los gobiernos caudillistas, no necesitaba del apoyo del proletariado. El carácter determinado del proceso hacía así innecesarias las alianzas políticas. Como vimos, esta caracterización módicamente positiva de la pequeña burguesía comenzaría a debilitarse al afirmarse, en consonan-



Frans Masereel

cia con las resoluciones de Erfurt, la confianza en un triunfo del proletariado en los países centrales, lo que permitiría saltar por sobre la “etapa democrática”. La tarea del proletariado, entonces, era prepararse para ese día.

Referencias bibliográficas

- Aricó, José (1999): *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- García Costa, Víctor (1985): “Introducción” a *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Geli, Patricio y Prislei, Leticia (1993): “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo” en *Entrepasados. Revista de Historia*, a. III, n° 4-5, Buenos Aires.
- Falcón, Ricardo (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- Kautsky, Karl (1978): *La revolución social. El camino del poder*, México, Pasado y Presente.
- Paso, Leonardo (1974): “Introducción” a *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de Artículos de Germán Avé Lallemand*, Buenos Aires, Anteo.
- (1983): *Historia de los partidos políticos en Argentina*, Buenos Aires, Directa.
- (1988): *Origen histórico de los partidos políticos*, Buenos Aires, CEAL.
- Portantiero, Juan Carlos (1999): *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE.
- Ratzer, José (1969): *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.

Fuentes consultadas

- *El Obrero*, 1ª época. Números 1(12/12/1890) al 88 (24/9/92). Disponible en el CeDInCI.
- *El Obrero*, 2ª época. Números 89(4/2/1893) al 98 (30/4/93). Disponible en el CeDInCI.
- *El Socialista*. Números 1 (11/3/1893) al 6 (1/5/1893). Disponible en el CeDInCI.

1 Como plantea Aricó (1999) el trabajo presenta “una visión fuertemente ideologizada y anacrónica de los términos del debate en el interior del Partido Socialista”. Creemos que

este carácter anacrónico se explica por la polémica indirecta que Ratzer sostenía, a través de este trabajo, con la conducción del Partido Comunista, planteando que así como la línea marxista revolucionaria fundadora presente en los orígenes del PS y silenciada luego, reapareció luego en la fundación del PC, esta línea (revolucionaria) nuevamente silenciada, estaba pronta a reaparecer. Esta lectura suponía, en primer lugar, la existencia de una línea atemporal que podría ser definida como “marxista revolucionaria” y en segundo lugar, que esta línea atemporal podía ser identificada con las posiciones del marxismo leninismo, lo que hacía imposible comprender diferentes posiciones (por ejemplo, con respecto al papel del gran capital, la “cuestión agraria” o la política de alianzas) sostenidas desde el grupo marxista que, obviamente, no partía de posiciones leninistas sino más bien de un determinismo económico como el que en ese momento era impulsado por figuras como Kautsky.

- 2 En este estudio inicial, Paso discute con las posiciones de teóricos de la “izquierda nacional”, en especial con Juan José Hernández Arregui. Al planteo de éstos, que sostenían que los “primeros marxistas” eran un grupo de extranjeros que no habían logrado comprender la cuestión nacional y que no se habrían interesado en la organización de los sectores populares del interior, tareas tomadas en sus manos por el yrigoyenismo y, sobre todo, posteriormente por el peronismo, Paso responde subrayando las críticas de Lallemand al imperialismo inglés y germánico, y su preocupación por la situación de los trabajadores del interior del país. Aunque Paso reconoce ciertos problemas en la caracterización del papel del capital extranjero y de las posibilidades de desarrollo de la pequeña propiedad, su mirada concluye valorando las posiciones de Lallemand con respecto a las del “reformismo” que posteriormente adoptará el Partido Socialista.
- 3 Una excepción la encontramos en el estudio inicial con el que Víctor García Costa (1985) acompaña la publicación de una selección de artículos de *El Obrero*. Este trabajo, concentrado en los rasgos biográficos de Lallemand y su papel en el desarrollo de *El Obrero*, comparte los rasgos predominantes en el período previo: su carácter hagiográfico y los motivos de polémica política. Así, se enfatiza la firme oposición al “revisionismo bernsteiniano” que habría teñido posteriormente al Partido Socialista, posición con la cual, en lo que considera su encarnación por la conducción histórica del Partido Socialista Democrático, García Costa está discutiendo.
- 4 Sin embargo, Aricó encuentra un pensador socialista latinoamericano que afrontó el desafío de construir un pensamiento que entroncara al socialismo con las particularidades de las sociedades latinoamericanas: Juan B. Justo, separado del grupo de socialdemócratas alemanes, por su esfuerzo por pensar al socialismo en continuidad con las luchas populares argentinas y por su rechazo a la creencia en la existencia de contradicciones que llevarán al capitalismo al derrumbe ineluctable. En base a estas ideas, sostiene Aricó, Justo formuló una original propuesta de transformación socialista a la que denomina la “hipótesis de Justo”, la que se impuso gradualmente como estrategia

política socialista.

- 5 Falcón señala que en el período posterior a Caseros y paralelamente al crecimiento de una capa de trabajadores ligados al creciente mercado de consumo urbano, se constituyen las primeras sociedades mutualistas y con ellos los primeros diarios socialistas como *El Proletario*, publicado por la comunidad negra y mulata, *El Artesano*, que profesaba una ideología socialista, reformista y republicana. En el desarrollo posterior de la prensa socialista tiene un rol fundamental el gremio de los tipógrafos, quienes no sólo crean la primera sociedad mutual y llevan adelante la primera huelga, sino que, a través de sus *Anales*, periódico enviado en 1870 al Consejo General de Londres, establecen los primeros contactos con la Asociación Internacional de Trabajadores (Falcón, 1984).
- 6 La Federación Obrera nació como consecuencia del llamado que el Congreso de París de 1889 realizó a los movimientos de diversos países para realizar actos el 1º de mayo en reclamo de la jornada de 8 horas. Siguiendo esto, el Club *Vorwärts* convocó el 30 de mayo de 1890 a una reunión organizativa en la que se decidió constituir una Federación, publicar un periódico y enviar una petición al Congreso Nacional. Finalmente, el acto fue convocado conjuntamente por el *Vorwärts*, tres sociedades de resistencia y varias asociaciones de extranjeros, y en él participaron junto a los socialistas algunos anarquistas. Meses después se reunieron y fundaron la Federación de los Trabajadores de la Región Argentina que realizó su congreso en 1891, donde adoptó un programa y formuló un pliego de reclamos para ser presentado al Poder Ejecutivo, al Congreso, al Consejo Deliberante y a las legislaturas provinciales. Se decidió también, crear un periódico: *El Obrero*.
- 7 En ocasiones, el carácter determinado y fatal era presentado en formas más vinculadas a los postulados positivistas. Un ejemplo lo encontramos en el artículo titulado "La misión del proletariado", en el que esta misión se fundamenta en tendencias evolutivas que, se sostiene, marcan un paralelo entre historia natural e historia social (2/1/1891).
- 8 En el texto que abre el primer número, se sostiene que *El Obrero* tiene como objetivo "defender en primer lugar el salario para facilitar una existencia humana a los trabajadores asalariados y (...) en segundo lugar, ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico, que enseña al proletariado como él está llamado a ser el poderoso agente por cuya acción la humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible." Se manifiestan aquí las dos dimensiones, la de la lucha económica y la política, la inmediata y reivindicativa y la programática y orientada al futuro, que entrarán en tensión posteriormente en la división entre los defensores de la Federación Obrera y los que propongan constituir un Partido Socialista.
- 9 Esta apuesta es explícitamente fundamentada en un artículo publicado en el nº 9, que versa sobre la petición presentada al Congreso reclamando leyes de protección a los trabajadores. En él se plantea que una vez que se instale "un régimen democrático puro en lugar del miserable caudillaje actual la legislatura se verá obligada a dictar las le-

yes que pedimos, no obstante de los esfuerzos que en sentido contrario harán nuestros enemigos más implacables, los miembros de la clase de los grandes hacendados". El artículo concluye llamando a los proletarios a unirse en una poderosa asociación para obligar a sus enemigos a reconocer sus derechos. Podemos observar aquí que las tendencias históricas llevan a la imposición del régimen burgués puro y al debilitamiento del dominio de los grandes hacendados, por lo que el reconocimiento del carácter de "enemigos más implacables" de éstos, no lleva a la formulación de una estrategia de alianzas con otros sectores sociales, sino a enfatizar el fortalecimiento de los órganos de clase.

- 10 En la sección "Revista del Interior" correspondiente al nº 4 (*EO*, 17/1/1891) se reconstruye el manejo que Pellegrini y su ministro de Hacienda hacen de la situación económica. Se pronostica que en base al curso económico fijado "vamos a pasos agigantados a la ejecución por los banqueros ingleses". La evaluación es explícita: "¡Tanto mejor!". En el nº 20 del periódico, publicado en mayo de 1891, un artículo titulado "Nuestros amos", comenta el descontento de los banqueros ingleses por los atrasos en los pagos de la deuda, y concluye reafirmando la perspectiva de una intervención directa ligada a los grandes capitales extranjeros: "Algún día vendrá en que Buenos Aires verá una nubecita en el horizonte, y ésta será la escuadra inglesa".
- 11 Esta mirada sólo sería interrumpida por esporádicas intervenciones que reivindicarían en términos morales a la figura de Alem o al radicalismo puntano, con el cual Lallemand tenía lazos no sólo políticos sino también familiares.
- 12 En los últimos números de *El Obrero* la reconstrucción del conflicto al interior de las clases dominantes ocupa un lugar central. Así, en el nº 86 se contraponen a los "chacareños, hortelanos y verduleros (que) pagan un 90% de la renta que da la tierra en contribuciones" con los grandes hacendados que "no quieren pagar contribuciones, como debían". Se explica a continuación que "la Sociedad Rural, y la Nueva Liga Agraria, sociedades para la defensa de los intereses de los grandes hacendados, se han fusionado para resistir al recargo de la contribución directa con que les amenaza el gobierno" forzado por los acreedores ingleses a aumentar los impuestos. En el número siguiente (17/9/1892) se comenta la "fusión" entre ambas organizaciones, después de la cual "La Liga Agraria pues es un partido poderosísimo. El partido de los bueyes gordos. ¿Quién podrá luchar con ellos?". La respuesta nuevamente no se encuentra en las filas de la pequeña burguesía o el mismo proletariado. "¿Quién? Los acreedores ingleses y los próceres de la bolsa de efectos, la alta finanza, bien pronto tomarán posiciones para hacerles pagar a los bueyes gordos su parte correspondiente de la deuda pública. Pues los hombres de la Bolsa forman un partido no menos fuerte que el de los grandes hacendados (...) Muy pronto veremos entablarse la guerra abierta entre los Agrarios y los Bolsistas- Financistas con saña tenaz". Observamos aquí la caracterización de las fuerzas sociales como partidos, las que, se espera confiando en la progresiva transparencia de las relaciones políticas, llevarán adelante pronto la guerra entre sí. En el número siguiente

(24/9/1892) se cree asistir al comienzo de la guerra en un informe del ministro de Hacienda, el señor Hansen, que plantea que el sistema proteccionista no es favorable para el país, que encarece los artículos de consumo y aumenta la explotación de los obreros. Ante esto, la redacción del periódico no sólo recuerda que ellos sostienen lo mismo desde hace dos años sino encuentra en ello una defensa exclusiva de los intereses agrarios: “Resulta a la vista que el S. Hansen es Agrariopuro. La clase de los grandes hacendados y sus intereses son aquellos que deben según él gozar, expresivamente de la protección del Estado. La industria cría la explotación de los niños y el despotismo patronal. El S. ministro quiere que solamente los gran-hacendados tengan el derecho de explotar y oprimir a sus peones (...) Muy bien S. ministro! Los Agrarios le agradecerán y sabrán tirar inmediatamente provecho de este informe, que contribuirá en grado superlativo para que se pronuncien más los antagonismos entre los gran-hacendados y los industriales capitalistas. Por primera vez que en la Argentina una clase social, la que dispone del poder del Estado, declara la guerra tan franca y genuinamente a una otra. Agrarios contra industriales! Conservativos contra liberales! Nosotros los proletarios socialistas saludamos con júbilo esta declaración de guerra.”

13 El Partido Socialdemócrata alemán había crecido fuertemente en la década de 1880 a pesar (o a causa de) las leyes antisocialistas impulsadas por Bismarck. Durante este período el partido, en el que el sector encabezado por Bebel y Liebknecht e identificado con el marxismo había obtenido el liderazgo, no había podido reunirse y modificar el ambiguo programa adoptado en el Congreso de Gotha de 1875. Una vez que estas leyes fueron levantadas -en 1890-, el partido decidió cambiar dicho programa. En vistas a ello, Engels publica en 1891, en *Die Neue Zeit* el órgano de discusión dirigido por el principal teórico del partido Karl Kautsky, un texto conteniendo las críticas que Marx había formulado al viejo programa (la hoy famosa “Crítica al Programa de Gotha”). En los meses siguientes, Engels, Kautsky y Bernstein formulan los puntos principales del proyecto de programa, que es aprobado por el Congreso de Erfurt en el mes de octubre de 1891; el texto del programa y su explicación por parte de Kautsky constituirían la versión canónica de la política socialdemócrata hasta la Gran Guerra. El programa estaba compuesto por una primera parte de exposición doctrinaria en la que se planteaban las leyes de tendencia histórica del capitalismo que conducían necesariamente a la revolución proletaria — aunque no había referencias al carácter violento de la misma—, y una segunda parte que incluía una amplia gama de reformas inmediatas de carácter económico, social y político. De la parte teórica del programa se desprende una gran confianza en el carácter férreo de las leyes de tendencia de la evolución del capitalismo, las que estaban llevando al crecimiento absoluto y relativo del proletariado, a su mayor homogeneidad (eliminando las tendencias particularistas de la aristocracia obrera), las que por tanto aseguraban el triunfo del Partido Socialdemócrata, el que sólo debía educar al proletariado y mantenerlo unido. Se planteaba así la actitud de espera confiada que sería sintetizada por Kautsky (1978: 211) en su “Catecismo”: “la so-

cialdemocracia es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones.” El triunfo socialista sólo podría provenir de una revolución, pero ésta no podía ser iniciada voluntariamente, sino que su momento estaba determinado por la necesidad histórica. El carácter determinado de las tendencias históricas colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con respecto al resto de las clases sociales, en particular con respecto a la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaba a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.

14 La discontinuidad se hace explícita en la reivindicación que en el n° 90 se hace del periódico *Vorwärts*, tan criticado en los últimos números de la primera época, del que se elogia su disciplina. El artículo recuerda que el *Vorwärts* había aportado en 1890 la mayor parte de los recursos necesarios para la fundación de *El Obrero*, planteando una veldada crítica hacia los que posteriormente alejaron el periódico de la institución que lo apoyó. El artículo concluye apelando a la unidad y a la disciplina, llamando a respetar el voto de las mayorías, el que se acusa no se respetó al disolver la Federación y a convencerse de que “no basta ser socialistas... *de pensamiento!* Hay que serlo también, *de obra*”, en contraposición a la anterior prédica contra “los hombres prácticos” y la importancia de la teoría.

15 Encontramos aquí otra señal de discontinuidad con el antiguo *El Obrero*, ya que los argumentos empleados para explicar la imposibilidad de constituir un Partido y la necesidad de reforzar la Federación son similares a los que habían sido ridiculizados desde el periódico en polémica con el *Vorwärts* (en el n° 60 antes comentado).

16 No existían, se explicaba, diferencias de principio entre el socialismo revolucionario y el evolucionario, sino que mientras “el primero se contenta con esperar que venga el momento oportuno en que el proletariado estará suficientemente fuerte para lanzarse a la revolución social, entretanto que el segundo opina que mucho antes que de aquel momento, el proletariado podrá hacer valer su influencia para conseguir ciertas reformas que facilitarán la transformación del modo de producción en el sentido como él lo anhela, y acortaría el tiempo hasta la revolución notablemente.” Frente a las “locuras revolucionarias que peroran los anarquistas”, “griterías” que favorecían a la burguesía, se afirmaba la idea de que era la evolución —el desarrollo capitalista—, la que había creado al proletariado, y era ésta evolución la que “tomará la forma de la revolución”, de modo que la producción capitalista se transforme en socialista.

17 En el anteúltimo número de *El Obrero* se publica una dura crítica a “los compañeros de la escuela anárquica”, en la cual se rechaza la idea de una espera del momento revolucionario, así como la de una reacción automática originada en la miseria, ideas que se planteaban en anteriores intervenciones. Frente a ello, se reivindica el uso de los derechos reconocidos en el orden burgués para desarrollar la

fuerza que dará el triunfo al proletariado. Esta, se explica, es la táctica del Partido Socialista Obrero, el que aquí no aparece contrapuesto a la Federación.

18 Por otra parte, las diferencias no se disolvieron tan rápidamente, por lo cual el club *Vorwärts* no participa de la fundación del Partido Socialista Obrero Internacional que, en abril de 1894, surge de la confluencia de la "Agrupación Socialista", el club *Les Egaux* y el *Fascio dei Lavoratori*. Sin embargo, en 1895 el *Vorwärts* decidió incorporarse — lo mismo sucede con el Centro Socialista Universitario. Su local será la sede, en junio de 1896, del Congreso fundador del Partido Socialista Obrero Argentino.

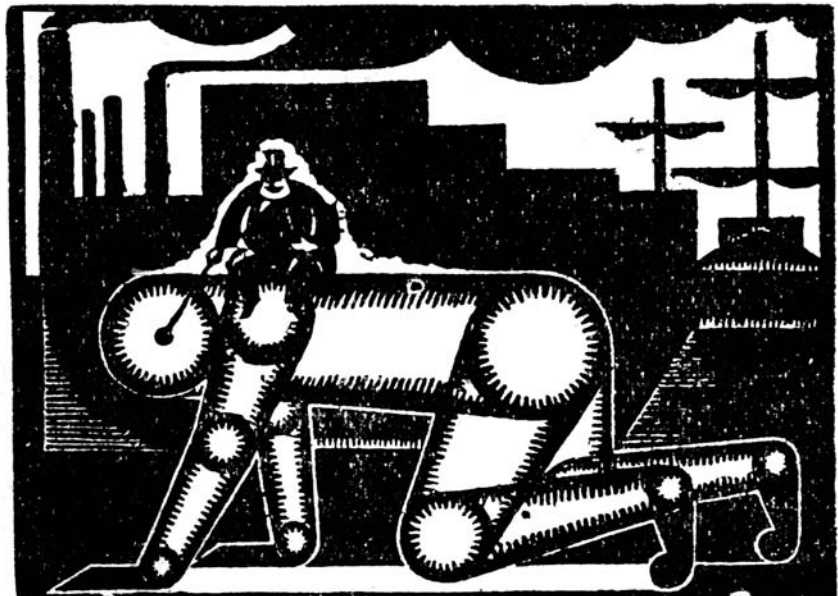


Walter Quirt

**De coimeros, marxistas
y privatizaciones
en el siglo XIX.**

El Obrero y la crisis del '90

Israel Lotersztain



Albert Daenens

Los lectores del nº 29 (del 18 de julio de 1891) del primer periódico marxista argentino, el apasionante *El Obrero*, se deben haber sentido impactados con el titular que encabezaba uno de sus principales artículos: "Jaque mate. El ex Presidente Juárez Celman y su Ministro del Interior Eduardo Wilde denunciados por coimeros". Y pese a que pasaron tantos años no podemos menos que meditar que, cuando Argentina debe renegociar a comienzos del siglo XXI contratos y tarifas con las empresas privatizadas de servicios públicos de nuestro país, puede resultar muy instructivo recordar en base a *El Obrero* lo ocurrido unos cien años atrás.

Y debemos comenzar por recordar que la de 1990 no fue la primera ola privatizadora que la Argentina debió soportar a lo largo de su historia: la llegada al poder de Miguel Juárez Celman casi exactamente un siglo antes, en 1886, trajo consigo una actitud similar y basada en idénticos argumentos: que el Estado es un pésimo administrador, que el dinero de las ventas de los activos públicos podría ayudar a cancelar la elevada deuda externa, que el privado que se haría cargo del servicio sin duda lo brindaría con mucha mayor calidad y en forma más eficiente, etc., etc. La similitud de argumentaciones tan conocidas para nosotros realmente asombra y hasta abruma cuando se leen los diarios de la época, pero lo que llama la atención con referencia a 1886 es que por entonces no existía ese clima de histeria privatizadora que invadió a las clases medias y altas argentinas en 1990. Si bien algún ferrocarril estatal funcionaba por aquellos años inadecuadamente, otros, como el Ferrocarril Oeste, los trenes eran un ejemplo unánimemente reconocido de un excelente servicio, buen trato al pasajero, con las tarifas más bajas del mercado y constantes ganancias aportadas al tesoro provincial. Pero lo que más llama retrospectivamente la atención y más resistencias provocó en su momento, fue la privatización de las Obras Sanitarias de la Ciudad de Buenos Aires. La opinión pública estaba masivamente en contra de la idea, las Obras Sanitarias (las primeras en Sudamérica) eran una especie de orgullo local. Es que proyectadas y dirigidas en Argentina, avanzaban rápida y eficientemente en su ejecución y funcionaban por demás adecuadamente, las tarifas eran razonables, etc. El mismísimo Julio A. Roca, ex Presidente y

líder del oficialista PAN, se expresaba elocuentemente en su correspondencia: "es un proyecto desgraciado. Yo aconsejé en contra pero no me hicieron caso. Las bullas y resistencias que se han levantado me prueban que yo tenía razón. *A estar por estas teorías de que los gobiernos no saben administrar llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al telégrafo, a los puertos, a las oficinas de renta, al Ejército, y a todo lo que constituye el ejercicio y los deberes del poder...*" (el subrayado es mío).

Pero, y por razones que analizaremos al final de esta nota, contra todo lo que parecía sensato, fue imposible detener el ímpetu privatizador de Juárez Celman, quien envió al Congreso a su mejor colaborador y quizá por entonces el polemista argentino más brillante, el Ministro del Interior Eduardo Wilde, quien tuvo ante sí la ímprobable tarea de convencer a los legisladores para que aprobaran el proyecto. Y pese a su elocuencia y a la aplastante mayoría oficialista muchísimos diputados se rebelaron (especialmente entre los porteños y bonaerenses) y el proyecto sólo pudo ser aprobado por un escaso margen. La concesión por 45 años la recibió en junio de 1888 una empresa inglesa subsidiaria de la Baring: The Buenos Aires Supply and Drainage Co., a cambio de 21 millones de pesos oro. La casa bancaria se comprometió a suscribir el empréstito necesario para el pago de esta suma en tres cuotas y para proveer los fondos requeridos para la continuación de las obras.

La privatización fue un fracaso por muy diversas razones, no sólo locales sino también extranjeras. En Londres, Lord Baring intentó una peligrosa maniobra especulativa reteniendo por largo tiempo los títulos antes de lanzarlos al mercado, esperando una suba que le produjera enormes beneficios. Pero tuvo realmente mala suerte: cuando finalmente los puso a la venta, llegaban a Londres las primeras noticias de la crisis argentina que terminaría por estallar en 1890 (y cuya gravedad recuérdese que dio origen a la fallida Revolución y a la apresurada salida de Juárez Celman del poder). Por ello, Lord Baring tan solo pudo colocar un 35% de las acciones de la emisión y debió afrontar el resto con fondos propios. Esto, unido a la fuerte exposición de la tradicional Casa Bancaria en títulos de nuestro país, la hizo

tambalearse fuertemente al producirse la debacle argentina, y tuvo que intervenir el Banco de Inglaterra para salvarla, pero la tercera cuota para completar los 21 millones no pudo ser abonada.

En Buenos Aires, por otro lado, la actitud de la población hacia el proyecto era pésima. Todos estaban convencidos de que se trataba de un gigantesco negociado, se negaban a aceptar las elevadas tarifas exigidas por la empresa (del mismo modo que ciento diez años más tarde, el concesionario pretendía cobrar en divisas frente a la devaluación de la moneda local), se discutía la calidad del servicio, las denuncias (entre otros, las que sistemáticamente aparecían en *El Obrero*) sobre la falta de salubridad del agua corriente eran una constante, etc. Finalmente la concesión tuvo que ser rescindida y la administración Pellegrini arribó en 1891 a un trabajoso acuerdo en tal sentido con la empresa adjudicataria.

Pero también por entonces la Argentina estaba en *default* (y lo estaría técnicamente por otros 15 años), y un arreglo con un país en *default* es inevitablemente muy poco satisfactorio y en particular en este caso implicaba el pago en dudosos bonos de largo plazo que, dada la delicada situación de la Casa Baring, ponían en peligro toda la inversión de los que habían adquirido el 35% de la emisión. Estos accionistas, como era habitual en Londres por entonces, se reunieron furiosos para protestar y recibir explicaciones en un local de la Bolsa londinense destinado a tal efecto, el Westminster Hall. El *South American Journal*, un periódico de los “yuppies” de la época dedicado a los inversionistas en Sudamérica, envió a un cronista a la acalorada reunión. El número de mayo de 1891 transcribe el informe de ese cronista, en letra pequeña y sin darle mayor trascendencia. El reportero detallaba las distintas intervenciones de los participantes del debate y entre ellas la de un tal Mr. Burstall, quien revisando las rendiciones de cuentas presentadas por los directivos de la empresa interrogó entre muchas otras cuestiones a su Presidente, el Honorable H.R. Grenfell (designado en el cargo por Lord Baring), si “las 322.000 libras esterlinas pagadas a Mr. Celman y Mr. Wilde podrían ser recuperadas”. La respuesta del Honorable no fue, como pudiera esperarse, “¡Señor, no sé de qué me está Ud. hablando!” sino infinitamente más sugestiva y teñida de la tan característica flema y humor inglés: “Creo que es

lo mismo que preguntar si el Rey James I devolverá lo recibido por la concesión del New River Canal” (informemos que esta última devolución era altamente improbable ya que el Rey James I, hijo de María Estuardo y sucesor en el trono inglés de Isabel I, había muerto tan solo unos 270 años antes de los sucesos que aquí relatamos...).

Curiosamente parece que esta irónica respuesta de Mr. Grenfell indignó, pero tan solo por su ignorancia sobre el pasado británico, a la dirección del *South American Journal*, quien la calificó en el siguiente número de “Historical Blunder”, algo así como un disparate histórico. Y justificaban tan violento calificativo relatando que el New River Canal, que atraviesa hasta el día de hoy desde el Támesis buena parte de Londres, fue una concesión por peaje otorgada por Isabel I a un tal Hugh Middleton para construirlo. Este inició las obras pero resultaron más costosas de lo previsto y se quedó sin recursos para finalizarlas. A consecuencia de ello interesó al respecto al sucesor de Isabel, James I, quien aportó del tesoro real los fondos para terminar el Canal y comenzar a cobrar los beneficios derivados del tráfico a través del mismo. En consecuencia y tal como correctamente explicaba el periódico, James para nada fue un coimero sino un socio inversor, un accionista, que cobraba a medida que entraban las ganancias, y en tal carácter siguieron cobrando sus herederos. En cambio, según el periódico, “Mr. Celman y Mr. Wilde” prefirieron tener su parte en “prompt cash”, a sea estrictamente por adelantado y en efectivo... Y señalaba el detalle obvio que tan sólo retiraron, no invirtieron.

El *South American Journal*, tal como señaláramos, no le dio ninguna trascendencia al tema y lo trató tan solo como una curiosidad histórica. Evidentemente a nadie en Londres podían sorprenderle por entonces sobornos en Sudamérica, pero cuando finalmente un barco trajo algunos ejemplares del periódico a Buenos Aires es de imaginarse el escándalo que aquí se produjo. Como vimos nadie dudaba de que se trataba de un gran negociado, pero que el tema se manejara con tanto desprecio en Europa no podía menos que herir el orgullo de las élites argentinas. *El Obrero*, en su lenguaje peculiar y combativo, lo señalaba con mucha sorna y particular elocuencia:

“La interpelación de Mr. Burstall importa una jugada de JAQUE al rey, a los miembros de la clase cuyos intereses defiende el partido gobernante, clase mas diabólica que no pudiera haber inventado el seso del mismo Satanás.. ¿La liga oficialista Pellegrini, Roca, Mitre seguirá garantizando la impunidad de los coimeros y de los ladrones públicos? Es que si no los defendieran terminarían por acusarse a sí mismos, pero si los siguen protegiendo piso-tean el honor del país y lo arrastran por el fango. De uno u otro modo están perdidos. JAQUE y MATE, señores caudillos. Se acabó el juego”.

Como sabemos los quizá ingenuos marxistas de entonces estaban muy equivocados y lamentablemente el juego estuvo lejos de acabarse. Los dirigentes políticos argentinos absorbieron como tantas otras veces el papelón y continuaron adelante con sus tropelías. El tema de las Obras Sanitarias empero siguió dando bastante que hablar en el futuro, resultando particularmente graciosas las respuestas del *South American Journal* a cartas de Juárez Celman pidiendo que se retractaran de la acusación de coimas. El ex presidente (y ex catedrático de Derecho en la Universidad de Córdoba) le señalaba a sus redactores que de no hacerlo los demandaría y que ellos inevitablemente perderían el juicio ya que, según les explicaba este prohombre del Derecho, “el soborno es siempre indemostrable, pues requeriría para comprobarlo el testimonio de quien pagó, quien a su vez con ello se autoincriminaría”. Con humor británico la réplica no demoró: “En Argentina, Mr. Celman, quizá sea indemostrable un soborno... Pero le aclaramos que aquí es diferente, se ha hecho muchas veces y los culpables están en la cárcel...”. Otra repercusión curiosa y que llama la atención es lo ocurrido con los títulos que como vimos debían saldar la deuda con los Baring. Era tal el desprestigio de la operación que asumido el nuevo gobierno de Luis Sáenz Peña (extraño personaje que le dio más de un dolor de cabeza a los acreedores argentinos) este había paralizado su entrega. La demora puso extremadamente nerviosos a los banqueros ingleses y a quienes eran sus garantes ante el Banco de Inglaterra: la casa Rothschild, quienes no vacilaron en solicitar al gobierno inglés el envío de algunos barcos de guerra para hacer entrar en razones a los incumplidores argentinos. La respuesta del li-

beral Primer Ministro Gladstone fue empero por demás elocuente: “El gobierno de Su Majestad no intervendrá con las armas para beneficiar a los súbditos que invirtieran imprudentemente en el extranjero”.

Y nos queda luego de tan sugestivas similitudes históricas y a título de reflexión final analizar los motivos de Juárez Celman para su política de privatizaciones que, como vimos mas arriba, era bastante inexplicable en la época y tantas resistencias generó. Diversos historiadores de las ideas, de todo el espectro ideológico, desde la derecha a la extrema izquierda, atribuyen a la ideología liberal del juarismo la motivación fundamental de esta actitud. Y lo ilustran con los numerosos y floridos discursos y artículos de los juaristas, que tan a tono con la época los matizaban con reiteradas citas de Spencer y demás filósofos del liberalismo y a la consiguiente necesidad de que el Estado interviniera lo menos posible en la economía. Los hechos que hemos descrito nos permiten, sin embargo, suponer que las motivaciones de la élite argentina de fines del siglo XIX (y no tan solo de entonces) probablemente tuvieron su origen en razones más pragmáticas, más contundentes que las ideologías. En el caso de las Obras Sanitarias por ejemplo, quizá 322.000 veces más contundentes.



Dirk Kerst Koopmans